



Rindete

AMOR MÍO

KELLY DREAMS

Colección "Que peligro tiene mi jefe"

RÍNDETE, AMOR MÍO

(Colección “*Que peligro tiene mi jefe*”)

Kelly Dreams

COPYRIGHT

RÍNDETE, AMOR MÍO

Colección “Que peligro tiene mi jefe”

© 1ª edición 2019

© Kelly Dreams

Portada: © www.fotolia.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

Para las **lector@s** que me acompañan en cada viaje literario.
Que disfrutéis de la lectura.

ARGUMENTO

Cuando el destino llamó a su puerta, **Emily Burton** lo perdió todo. En un abrir y cerrar de ojos se encontró despojada de sus sueños, privada de su primer amor y entregada a un hombre al que no amaba.

Ahora, quince años después, el destino vuelve a intervenir y **Matthew Oliver** ve la oportunidad de recuperar aquello de lo que fue privado, la bruja que ha nacido para contener su magia, la única mujer destinada a unirse a él para toda la vida. La pregunta es, ¿era ya demasiado tarde o podía albergar esperanzas de que Emily todavía lo quisiera?

CAPÍTULO 1

La tarde empezaba a caer sobre la ciudad, el sol se ocultaba ya tras los altos edificios tiñéndolo todo con una gama de colores que iban del dorado más luminoso al carmesí, Matthew se llevó la taza de café a los labios mientras sostenía la atónita mirada de su camarada. La expresión en la cara de Leo hablaba por sí sola, casi podía ver cómo su analítico cerebro buscaba una justificación a lo que acababa de explicarle.—. ver si lo entendido, ¿vas a aceptar a esa mujer en pago a una deuda? —resumió en una pregunta que, a todas luces, hacía que sonase a chifladura.

—Me pareció el trueque perfecto: Él gana, yo gano...

—¿Y ella?

—Dado que la he desposado, obviamente, también gana. —Dejó la taza sobre el platillo, le echó un vistazo al tatuaje que ahora marcaba su muñeca derecha y esbozó una satisfecha sonrisa—. Ya era hora de que cumpliera con lo prometido.

—Casado por poderes —incidió en lo importante de la situación—, con una mujer a la que no has visto en quince años.

—Nunca es tarde para retomar las cosas dónde se dejaron.

Ya no era un joven inexperto, intentando controlar el poder que le había sido concedido por los dioses de sus antepasados, considerado demasiado peligroso para estar cerca de cualquier ser vivo, ya no era el chico sin rumbo, sin futuro que había sido rechazado en favor de alguien con mayor estatus y poder. No, Mat ya no era aquel joven y ahora tenía el poder para recuperar lo que le había sido negado, lo que le arrebataron a sabiendas de que esa mujer le pertenecía solo a él.

Ella había enviudado hacía un año, su difunto marido la había dejado prácticamente en la calle, con un sinfín de deudas a las que no había podido hacer frente. El que hubiese tenido que vender la casa, las colecciones de arte e incluso dos coches para saldarlas hablaba por si solo. Lo que ignoraba era que entre todas las deudas acumuladas se encontraban también las de su propio padre, Don Chase había hecho todo tipo de negocios a lo largo de su vida, unos le salían bien y otros traían consigo considerables pérdidas. Hasta el año pasado, su yerno había afrontado sus pagos, pero tras la muerte de este se había encontrado con muchas dificultades para saldar lo que debía.

Era un jugador, le gustaba apostar y moverse sobre una línea vertiginosa, cosa que lo había conducido a sus manos incluso sin ser consciente de ello. Había sido más complicado de lo que esperaba, en el transcurso de los últimos quince años el señor Burton pareció adquirir ciertos escrúpulos y se mostró reacio a cooperar, pero un incentivo adecuado y unas cuantas palabras adecuadas lo empujaron en la dirección correcta.

Emily no había sido otra cosa que una moneda de cambio para ese hombre, él mismo no era mucho mejor al recurrir al chantaje y a toda clase de subterfugios para hacerse con lo que quería, pero no renunciaría de nuevo a ella. Costase lo que costase, tenía que ser suya.

—Han pasado quince años, Mat, con toda probabilidad tu flamante esposa puede tener algo que decir al respecto de este inesperado y forzado enlace.

—Estoy seguro de ello —asintió mirando el líquido oscuro dentro de su taza—. Sobre todo lo hará cuando se dé cuenta de que soy algo más que su nuevo marido.

—A ti te gusta vivir al límite.

No podía negar lo evidente, no cuando se había enrolado en el ejército a sugerencia de su mentor. Él había estado convencido de que solo la disciplina militar podría ayudarle a endurecerse y a controlar el poder que bullía en sus venas; había tenido razón. Con lo que ninguno de los dos contaba era que terminase cogiéndole gusto al servicio y decidiese hacer carrera. Con toda probabilidad, hoy seguiría allí de no haber resultado herido en una misión y pasado a la reserva.

No, no habían sido unos años fáciles, pero había sabido superar cada uno de los obstáculos que aparecieron en su camino y seguir adelante. Logró adquirir una maestría completa sobre sus habilidades, se había abierto camino en la vida tras el accidente dedicándose al mundo de los negocios y ahora tenía ante sí la más inesperada, a la par que deseada, recompensa.

—No hay mejor forma de afrontar la vida, amigo mío, no la hay.

Leo puso los ojos en blanco y optó por volver sobre el asunto principal, aquello que los había traído hasta allí.

—Dime una cosa, ¿ella ya está al tanto de toda esta locura?

—Dada la manera en que todo esto llegó a tus manos y a mis oídos, dudo incluso que esté enterada de que su difunto marido era quién afrontaba las deudas de su padre.

—¿Y Elijah? ¿Le has contado lo que me acabas de soltar a mí?

—Todavía no he tenido tiempo, apenas sí conseguí convencerlo para que aceptase unirse al negocio.

—De todos los riesgos que has corrido desde que te conozco, este es el más absurdo. —Sacudió la cabeza—. Cuando me pediste que te mantuviese al tanto de todo lo relacionado con las deudas de juego de Don Chase, no esperaba que cometieses semejante locura.

Leo Costa era el propietario de un buen número de casinos en todo en todo el país, era un grandísimo jugador y también un demonio en los negocios; literalmente hablando. Se habían conocido poco después de que dejase el servicio militar en una de sus mesas de azar, por aquel entonces estaba sumido en un momento de «autodestrucción» absoluto y ese hombre fue el que le impidió saltar al vacío y acabar con su miserable vida.

—Cuando esa mujer se dé cuenta de que ha sido utilizada como moneda de cambio, van a rodar cabezas.

Estaba seguro de ello, pero era un riesgo que estaba dispuesto a afrontar.

—Hasta hace un año, pensé que tendría que enterrarla en lo más profundo y echar tanta tierra encima como pudiese —confesó por primera vez en voz alta—, pero la vida ha tenido a bien darme otra oportunidad y no voy a desperdiciarla, Leo.

La idea de que por fin le perteneciese, de que pudiese ir a buscarla y llevársela, lo obligaba a dejar de lado cualquier conflicto moral, a poner a prueba todos sus trucos y confiar en que eso fuese suficiente para traerla a su lado, aún si para ello primero tenía que hacer que odiase hasta sus intestinos.

—No soy un santo, no pretendo serlo —aceptó sin vacilar—, pero deseo a esa mujer, está destinada a mí y estoy dispuesto a todo para conseguirla.

Leo dejó caer la mano sobre su hombro al tiempo que le decía:

—En ese caso, espero que la diosa fortuna esté de tu lado, amigo mío, porque vas a necesitar toda la suerte disponible para evitar que te arranque los ojos.

CAPÍTULO 2

—No puedo creer que ese hijo de puta lo haya hecho otra vez.

Emily iba a matarle, lenta y dolorosamente, haría que sintiese cada puñalada de la misma manera que las había sentido ella todos esos años atrás.

Ahora ya no era una niña indefensa, no temía las represalias de un hombre que usaba el poder y su posición para obtener lo que quería, que no dudó en comerciar con su propia hija para obtener lo que deseaba.

—Tiene que tratarse de una broma, Emi, es imposible que haya hecho algo como eso, no puede ser legal.

Miró a su amiga y compañera de trabajo. Si bien solo hacía seis meses que llevaba trabajando en la empresa en la que Julia ya contaba media vida, habían congeniado al momento y su optimismo y natural buen humor hizo que ambas encontrasen en la otra un alma a fin.

Emily no había contado con verdaderas amistades en toda su vida, así que encontrar a Julia había sido como un soplo de aire fresco.

—Más le vale que no sea legal —siseó mirando con gesto malhumorado el tatuaje que había aparecido de la noche a la mañana en su muñeca derecha, un simbolismo místico que iba más allá de lo que cualquier humano ajeno al mundo sobrenatural comprendería—, porque no tengo la menor intención de dejar que nadie vuelva a disponer de mi vida como lo hicieron antes.

Era inconcebible que le hubiese hecho algo así, no le cabía en la cabeza que ese hombre, a quién se negaba a llamar padre, se hubiese atrevido a apropiarse otra vez de su vida y de su palabra de esa manera.

¡Por amor de dios, ya no era una niña de diecisiete años y no podía venderla al mejor postor! Era una mujer adulta de treinta y dos años que se había quedado viuda y estaba dispuesta a recuperar la libertad que le había sido robada.

—No volveré a doblegarme ante nadie.

Era una promesa que se había hecho con el paso de los años, que había nacido estando al lado de Ethan, su marido, cultivada con esperanza, añoranza y el carácter que se forjó con el paso del tiempo y las experiencias vividas. No podía decir que la hubiese tratado mal, él siempre había sido amable, educado e incluso cariñoso, pero al contrario que ella era tranquilo, disfrutaba metido entre sus libros, conjuros y colecciones de arte, un hombre

que no vio inconveniente alguno en desposarse con una mujer doce años menor que él y ayudarla a ser quién estaba destinada a ser.

Emily pertenecía a una antigua línea de brujas, si bien era completamente humana, poseía la especial habilidad de contener la magia de los usuarios de hechicería, era algo así como una toma de tierra compatible con ciertos individuos.

Desde que era una niña, antes de que su madre se hubiese esfumado, le había sido inculcada la importancia de su nacimiento, de quién era realmente y a qué estaba destinada; emparentar con el más grande hechicero de todos los tiempos.

Lo que su progenitora no se había imaginado nunca era que, tras su falta, su padre aprovecharía cualquier oportunidad a su alcance para elevar su estatus aun así para ello tuviese que vender a su hija al mejor postor.

Al principio había luchado, había gritado e incluso llegó a desearle la muerte tanto a él como a su marido por obligarla a aquel matrimonio. El primer año fue sin duda una auténtica pesadilla para Ethan, pero a pesar de todo lo que le dijese, lo que hiciese, siempre se mantenía a su lado, ayudándola, sosteniéndola cuando todo parecía hacerse pedazos a su alrededor, especialmente cuando su habilidad despertó. Él había sido quién la salvó sacándola de su autoimpuesto encierro, arrastrándola consigo a un viaje de descubrimiento sobre sí misma, sobre el hombre con el que se había visto obligada a compartir la vida y lo que esta podía ofrecerle. Su marido se convirtió entonces en su amigo y, con el tiempo en su amante, descubrió que bajo esa fachada austera y un poco filantrópica, había un hombre pasional, muy sexual y que sabía cómo extraer de ella toda clase de necesidades de las que nunca había sido consciente.

Nunca la frenó en su sed de conocimiento, en querer formarse en el extranjero, de hecho la empujó a hacerlo, la instó a superarse, a buscar aquello que deseaba y celebró sus éxitos como si fuesen propios. Pero él también la mantuvo entre algodones, ajena a sus propios negocios y a las pérdidas y deudas que solo salieron a la luz tras su inesperada muerte.

Un infarto fulminante había acabado con la vida de Ethan Burton dejando a su viuda con deudas, ingentes pérdidas económicas y notificaciones de embargo. De la noche a la mañana Emily se encontró despojada de todo lo que tenía, de todo lo que había conocido hasta entonces y, si bien había sido repentino e imprevisto y echaba de menos a su marido, no le había importado. Se había convencido que la vida no terminaba porque él ya no

estuviese, que podía comenzar de nuevo y tomar por fin la rienda de su propia vida en las manos, con lo que no contaba era que su padre se acercaría de nuevo a ella para notificarle que la había entregado a un hechicero para saldar una antigua deuda de honor.

—Voy a matarlo, me da igual si termino entre rejas, voy a matarlo y a la mierda todo lo demás —siseó, intentando contener el tono de su voz para no pregonar sus problemas a cualquiera que se asomase a la azotea del edificio de oficinas.

—Respira, Emi, respira o terminarás hiperventilando.

—¿Cómo se atreve a presentarse ante mí después de tanto tiempo y decirme algo como eso? ¿De dónde demonios ha sacado todos esos papeles? Maldito sea él y sus jodidas influencias.

Don Chase había llamado a su puerta por primera vez en años el día del funeral de su marido, de eso hacía ya algo más de un año y lo había ignorado.

Le había costado mucho tiempo enterrar todo lo que recordaba, todo el odio y el dolor que sus elecciones le causaron y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no gritar allí mismo. Ethan le había enseñado a elegir sus batallas y el momento de llevarlas a cabo, así que se limitó a despacharlo con frialdad y no había vuelto a tener noticias suyas hasta esta pasada noche.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo? —insistió girándose hacia su amiga—. Que dice haberlo hecho para enmendar el error que cometió en el pasado, que lo hacía para devolverme a las manos del hombre al que siempre había estado destinada, al mismo cobarde bastardo que me abandonó y no movió un dedo para evitar aquella pesadilla.

Sacudió la cabeza y apretó los dientes, estaba bullendo de rabia, no había dejado de hacerlo desde la noche anterior, desde que el hijo de puta que la había engendrado le hubiese dicho que Matthew Oliver la había aceptado a ella como pago de la deuda a condición de que se convirtiese en su esposa.

¿Y qué mejor manera de hacerlo que vinculándola a él por medio de un matrimonio por poderes?

Su amor de juventud, el hombre que dio un paso a un lado y la abandonó para permitir que su padre la casase con alguien a quién ni siquiera conocía, volvía a su vida dispuesto a recuperar algo que ya no le pertenecía.

—Es demasiado tarde, ¡demasiado tarde!

Cogió el vaso de café que había sacado de la máquina expendedora y lo lanzó contra el suelo en un brote de rabia, probablemente se hubiese sentido mejor si el maldito fuese de cristal y se hiciese añicos.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo ha podido aceptar algo así?

Cuantas veces había soñado con que Matthew venía a rescatarla, cuantas noches de ese primer año, deseó verlo aparecer para llevársela, para arrancarla de una vida equivocada. Él la había olvidado, continuó con su vida como lo había hecho ella misma, así que no podía aparecerse de esa manera y reclamarla como si tuviese derecho a hacerlo.

Ya no eran las mismas personas, ella no era la niña ingenua y enamorada de entonces, no era la soñadora de antaño, era una mujer totalmente distinta y estaba dispuesta a aprovechar esta nueva vida al máximo.

—Ya, cielo, ya, tranquilízate o te va a dar un ataque.

—¡Ya me ha dado! —chilló y pegó un pisotón en el suelo—. Pero esta vez no me quedaré de brazos cruzados, no señor, esta vez... nadie decidirá por mí.

Respiró profundamente y contó hasta diez obligándose a relajarse.

—No es un buen día para cabrearte como una mona, aunque tengas motivos más que suficientes para ello —comentó Julia posando una mano reconfortante en su espalda—. Recuerda que hoy tenemos la reunión con los nuevos jefes.

Se pasó una mano por el pelo que llevaba recogido en un sórdido moño y asintió. Sí, aquel era otro pequeño detalle a tener en cuenta. Su jefe había sido un hombre mayor, un adorable cascarrabias que le había dado la oportunidad de demostrar sus conocimientos a pesar de no haber trabajado nunca antes. En las últimas semanas había llegado a confesarle que no había esperado que durase ni dos días y que el que llevase ya seis meses con él, era una muy buena señal. No era alguien dado a halagos vanos, así que sabía que si lo decía era porque lo veía de ese modo. Si bien le había prometido que conservaría su puesto como secretaria de dirección, sabía que sus buenas intenciones podían irse al traste si el empresario que había adquirido la empresa decidía cambiar las cosas.

Eran muchos los que se encontraban en la cuerda floja, desde hacía días corrían rumores de que los nuevos dueños podrían querer hacer una reestructura del personal, lo que significaría la pérdida de puestos de trabajo.

No se sabía gran cosa sobre los nuevos dueños, solo que eran dos socios y que la compra había sido privada.

—¿Crees que se mantendrá la estructura de la empresa?

Julia se encogió de hombros.

—Es difícil de saber, sobre todo cuando los nuevos jefes son un auténtico

misterio que será desvelado en —consultó el reloj—, quince minutos.

—Odio los cambios.

—No me digas.

Sonrió al escuchar el tono de su amiga, si había alguien que odiase los cambios incluso más que ella misma, esa era Julia.

—Por ahora limitémonos a llegar antes que ellos a la sala de juntas —insistió su amiga—, y ya después decidimos si nos los quedamos o los mandamos a paseo.

—¿Podemos hacer eso? —chasqueó, olvidada ya la rabia.

—Claro que sí, el truco está en que ellos no lo sepan —aseguró rodeándola con el brazo—. Vamos a enfrentarnos con los nuevos dragones.

Sacudió la cabeza y se dejó guiar, después de sus interminables problemas aquel era sin duda el menos importante. Tenía que centrarse en la reunión que la esperaba, no había podido averiguar quiénes eran los nuevos dueños, pero dado que tendría que asistir a uno de ellos o a ambos, como lo había estado haciendo con el señor Ross, sentía curiosidad por saber qué tipo de personas estarían ahora a cargo de la empresa.

—Me pregunto si van a seguir con la misma línea o harán cambios —comentó mientras bajaban las escaleras—. No sabemos absolutamente nada de los nuevos dueños o lo que tienen en mente.—. ese es el motivo principal por el que han convocado una reunión con los jefes de sección —asintió Julia—. Imagino que querrán dejar caer sobre nuestras cabezas sus nuevas ideas, así como hablar de cualquier posible recorte de personal, en caso de que lo haya.

—Odiaría que hiciesen cambios justo ahora que empiezo a cogerle el punto a llevar todas las tareas administrativas de la dirección. —Tan pronto las palabras abandonaron su boca hizo una mueca—. Y aquí estoy, quejándome de cualquier posible cambio, cuando los he esperado toda mi vida.

—Hay cambios y cambios, Emi, estos no cuentan —replicó con un encogimiento de hombros—. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Qué te toque como jefe un tipo atractivo, sofisticado y sensual con el que puedas recrearte todo el día?

—Preferiría a alguien más corriente, menos atractivo y más normal, sobre todo si debo tratar con él todo el día —resopló—. Además, ¿quién dice que alguno de nuestros nuevos jefes no sea una mujer?

—Eso sería el paraíso, pero dada nuestra suerte, nos tocará un jorobado y

un calvo para amenizar nuestras jornadas laborales —chasqueó—. Ya verás, seguro que incluso alguno de ellos llevará unas horribles gafas de pasta pasadas de moda.

Se rio ante su ocurrencia, sacudió la cabeza y señaló la puerta que conducía a la planta ejecutiva.

—Vayamos a la sala de juntas antes de que lleguen el jorobado y el calvo, lo último que quiero es entrar y que ya esté todo el mundo sentado.

—Nos citaron a las cinco y media, tenemos todavía diez minutos.

—Hubiese preferido que tuviésemos media hora.

—Qué exagerada.

Dejaron atrás las escaleras y cruzaron el largo pasillo, las puertas de la sala de juntas estaban abiertas de par en par y algunos de sus compañeros ya estaban presentes, charlando animadamente.

—¿Lo ves? Llegamos a tiempo.

Puso los ojos en blanco y saludó a los presentes.

—¿Sabemos ya quiénes son los nuevos dueños? —preguntó Julia a uno de los presentes—. ¿Alguno los ha visto ya?

—Ha sido una compra privada —contestó alguien a su derecha—, según he escuchado se trata de dos importantes empresarios extranjeros.

—¿Extranjeros?

—Algún alemán al que le sobra el dinero —murmuró la encargada del área de publicidad de la empresa—, y que ha decidido invertir en Estados Unidos. Seguramente vendrán con ideas modernas lo que le darán un nuevo aire y potenciarán los próximos lanzamientos.

—No son más que rumores —añadió alguien más retirando una de las sillas y ocupando un lugar en la mesa.

—Ya sabes que cuando el río suena...

—Dejemos el río para más adelante, a menos que queráis ahogaros antes de tiempo —informó Carl, de RRHH señalando hacia la puerta con un gesto de la barbilla al tiempo que ocupaba el asiento más cercano a la puerta.

—Ya están aquí —canturreó alguien dándole esa entonación peliculera que arrancó más de una sonrisa.

Intercambió una mirada con Julia y ambas se sentaron en un lateral de la cabecera ya que no quedaban lugares libres, los pasos precedieron la entrada de uno de los dos hombres. La primera palabra que le vino a la mente fue «montaña», la segunda «peligro», el hombre era enorme y tenía un aura de peligrosa oscuridad que lo envolvía como una segunda piel. Si bien vestía

con absoluta elegancia y el traje le sentaba como un guante, sus ojos de un intenso color café parecían abarcar toda la sala reparando en cada uno de los presentes informándoles de su presencia.

—La puntualidad es todo un don —lo escucharon murmurar con una voz profunda, fuerte—. Buenas tardes damas y caballeros.

—Buenas tardes a todos.

Emily dio un respingo ante aquella segunda voz, se giró con lentitud, negándose interiormente a reconocer lo que ya sabía, a rescatar aquel tono de lo más profundo de su memoria, pero no había equivocación alguna en la figura masculina que atravesó el umbral, en los ojos azul cielo que repasaron rápidamente la estancia y se detuvieron en seco al encontrarse con su mirada.

No había error posible, ni siquiera el paso del tiempo podría evitar que reconociese a ese hombre. Allí frente a ella, quince años después de su último encuentro, estaba Matthew Oliver; su supuesto nuevo marido y ahora también jefe.

CAPÍTULO 3

Matthew creía estar preparado para aquel encuentro, pero al encontrarse frente a ella mirando esos ojos marrones, se dio cuenta de que no era así.

Cualquier cosa que hubiese imaginado, se quedaba corta, cualquier fotografía o vídeo que hubiese conseguido de ella en el último año palidecía ante su vibrante presencia y lo que esta hacía a su poder y a si mismo. Lo reconoció, lo supo en cuanto cruzaron la mirada y también fue consciente de lo que su presencia despertaba ahora en la mujer que tenía delante.

Se obligó a avanzar y entrar en la sala, rompió el contacto visual durante unas décimas de segundo y mantuvo una férrea mano sobre su magia, la cual parecía compelida hacia esa mujer, mientras hacía un rápido inventario de la sala y de los presentes.

—Buenas tardes a todos. —Saludó con su habitual estoicidad, paseó la mirada por cada uno de los presentes y se encontró de nuevo con la de Emily, quien parecía hacer un esfuerzo titánico por no levantarse de la silla y huir—. Soy Matthew Oliver, mi socio, Elijah Landon y yo nos haremos cargo a partir de hoy de la gestión y dirección de Industrias Rider.

La vio dar un respingo por el rabillo del ojo, pero eso no lo detuvo a la hora de mirar a su compañero, hacerle un gesto e indicarle que tomase asiento e hizo lo mismo. Ocupó a propósito el primer asiento de su derecha, quedando lo bastante cerca de la mujer por la que había adquirido la empresa.

—Hemos convocado esta reunión para darnos a conocer y familiarizarnos así mismo con cada uno de ustedes que, como jefes de departamento, son sin duda la primera línea de funcionamiento de esta empresa —continuó en modo profesional—. Así mismo, queremos erradicar cualquier posible rumor que haya surgido a raíz de la compra de la compañía y asegurarles que no tenemos en mente hacer ningún despido a corto plazo.

Miró a Elijah, quién asintió y tomó la palabra.

—Estas primeras semanas mi socio y yo nos dedicaremos principalmente a comprobar la gestión y el funcionamiento de las oficinas y los talleres, de los que yo estaré a cargo —explicó Elijah mirando a todos y cada uno de ellos—. Si fuese necesaria hacer reformas de cualquier tipo, nos gustaría contar con vuestro asesoramiento, puesto que sin duda conocéis todo esto al dedillo.

Su mirada calló entonces sobre Emily, quién no dejaba de echar fugaces vistazos en su dirección y en la morena que se sentaba a su lado.

Según la lista de personal que tenían, eran las dos secretarias principales de la compañía, dirección y subdirección, lo que dejaría a ambas mujeres bajo la supervisión de los dos.

—Señorita Tempelton —se dirigió a su compañera—, usted y yo estaremos a cargo de la vicepresidencia y, como ya he adelantado, pasaremos a supervisar todo lo referente a los talleres.

—Estoy a su disposición, señor Landon.

La voz de la mujer era suave, casi melosa, pero denotaba profesionalidad.

—Emily —pronunció su nombre de pila a propósito, cosa que suscitó alguna fugaz mirada de los presentes e hizo que ella diese un respingo en la silla—, seguirá en el puesto de secretaria de dirección y me asistirá a mí.

Nosotros haremos algunos cambios, le informaré de cuales al término de la reunión.

Se quedó callada, hirviendo a fuego lento, solo el nada sutil codazo de su compañera hizo que reaccionase.

—No veo la hora de que se termine...

La risa mal disimulada tras la tos de Elijah ahogó los jadeos de sorpresa que emitieron algunos de los presentes, las miradas se clavaron en ella un segundo antes de que ella volviese a fijarse en él. No pudo evitar sonreírle en respuesta, cosa que pareció enfurecerla aún más, era como un cartucho de dinamita al que se le había encendido la mecha y podía explotar en cualquier momento. Aquella era una faceta nueva para él, la mujer que recordaba no era más que una adolescente, una niña dulce y tierna que solía mirarle con amor y no con la furia asesina que ahora bailaba en los ojos marrones. Ahora más que nunca era consciente de que ninguno de los dos era lo que habían sido y eso lo dejaba en un terreno nuevo e inexplorado, uno que se hacía cada vez más apetitoso.

Pasó por alto su comentario y se obligó a concentrarse en la reunión que tenía entre manos, debía priorizar el trabajo o sus planes se irían al traste.

No había adquirido esa empresa por capricho, aunque el que el objeto de sus deseos estuviese trabajando en ella había sido un gran incentivo, no dejaba de ser un hombre de negocios y con planes de futuro.

Durante la siguiente media hora ambos socios se concentraron en conocer al personal que ahora tenían a su disposición, la mayoría de ellos eran humanos, pero se encontraron con alguna que otra sorpresa entre aquellas

filas. El mundo sobrenatural había aprendido a entrelazarse con el humano de tal manera que incluso la más extraña de las especies podía convivir entre ellos sin levantar sospecha alguna de su verdadera naturaleza.

—De acuerdo, creo que como presentación ha sido suficiente —dio por finalizada la reunión—. Deseamos que este sea el comienzo de una etapa próspera y favorable para Industrias Rider y para todos nosotros, la clave está en trabajar juntos y hacerlo en la misma dirección. Iremos viendo cómo transcurren las cosas en las próximas semanas, pero si necesitáis alguna cosa o deseáis comentar algo, no dudéis en poneros en contacto con el señor Landon o conmigo y lo discutiremos.

Miró a su socio, quién asintió conforme.

—Damas, caballeros, a trabajar —declaró él poniéndose en pie, invitando así a los demás a hacer lo mismo.

Todos los presentes siguieron su ejemplo al momento, las conversaciones empezaron tan pronto alcanzaron la puerta, murmullos y comentarios típicos de una situación nueva como la que estaban afrontando, pero a primera vista todo el mundo parecía bastante satisfecho con el resultado de la reunión, todos excepto la mujer que se mostraba dispuesta a salir de allí a la velocidad de la luz.

—Emily, quédese. —La detuvo en seco cuando estaba a punto de alcanzar el umbral—. Tenemos una conversación pendiente.

La vio volverse lentamente, esos bonitos y chispeantes ojos clavándose sobre él al mismo tiempo que dejaba salir un irritado susurro.

—Esa conversación llega con quince años de retraso, maldito hijo de puta.

Mat sintió de nuevo ese tirón sobre su magia, como si ella fuese un sifón que la succionase. Era fuerte, mucho más fuerte de lo que nunca había creído posible, tal y cómo debía ser la compañera de un Alto Hechicero.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—No conocía este carácter tuyo, *esposa*.

La manera en que respingó y lo miró le decía que de haber tenido a mano un arma, lo habría matado allí mismo.

—Yo tampoco sabía de sus detestables maquinaciones y chantajes, señor Oliver —replicó pronunciando su nombre con el mismo ímpetu que si lo escupiese—. Pero está muy equivocado si cree que voy a aceptar esto —levantó la mano marcada—. No soy la propiedad de nadie y menos de un maldito hechicero de tres al cuarto.—. *Auch!* —Se llevó la mano al pecho

como si sus palabras le hubiesen herido—. Eso ha sido poco galante de tu parte, *brujita*. No estoy aquí para pelear, Emi, sino para recuperar a mi legítima esposa.

—No tienes esposa, Matthew, nunca la has tenido. —Escupió, literalmente, a sus pies—. Reniego de ti y de tu falso acuerdo, vuelve al agujero del que has salido y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Giró sobre los altos tacones y se alejó con una decisión que no hizo más que afianzar sus ganas de recuperarla.

—De acuerdo, ¿qué me he perdido? —preguntó Elijah una vez se cerró la puerta.

—Emily es mi esposa.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Pues juraría que tu esposa-secretaria, quiere tus huevos en bandeja.

Lo miró de soslayo.

—Lo has pillado a la primera.—. luego todos dicen que el cabrón enfermo soy yo —se carcajeó—. ¿Cuándo te casaste?

—La semana pasada.

Su amigo frunció el ceño.

—¿Y por qué no fui invitado a la boda?

—Porque no ha sido una boda convencional —declaró señalando la puerta por la que había desaparecido su esposa—. Me casé por poderes.

—¿Estabas borracho?

—No.

—Entonces es que tienes un tumor en la cabeza.

—Tampoco.

—De acuerdo, dejémoslo sencillamente en que eres idiota.

Puso los ojos en blanco ante la conclusión a la que había llegado su antiguo compañero de equipo. Elijah Landon era un hombre con poca diplomacia, prefería ir directo al grano, aún si eso lo convertía en una auténtica apisonadora.

—Cuando me arrastraste a este proyecto, pensé que te habías aburrido ya de los negocios de siempre y que estabas buscando algo nuevo con lo que entretenerte, ahora veo que lo que querías era suicidarte —declaró con palpable ironía—. Así que, ¿por qué coño me has arrastrado a mí en el proceso?

—Porque prefiero ver cómo te manchas las manos en los talleres a verte con una botella de vino barato en ellas mientras lloriqueas por tu mala suerte

en la bolsa —le soltó poniendo los ojos en blanco—. Y si hay alguien que sabe sobre esta área en concreto, ese eres tú.

—Hace años que he dejado de invertir en bolsa, es una pérdida de tiempo y una causa probada de asesinato neuronal —aseguró tamborileando con los dedos sobre la mesa. No se había molestado en levantar el culo del asiento, mientras que él no dejaba de pasearse de un lado a otro como una fiera enjaulada desde el momento en que abandonó la oficina—. Y he dejado el vino barato en favor de las botellas de noventa dólares, así que, si quieres que me quede por aquí y te cubra el culo mientras tú te trabajas a esa nueva esposa tuya, ya me estás enviando una caja de *Château Rocheyron* del 2015 a casa.

—¿Solo una?

Él sonrió, dejó de tamborilear con los dedos y se levantó, dejó caer la mano sobre su hombro y añadió.

—El resto del espectáculo ya lo tengo garantizado, Mat, estoy convencido de que antes de que acabe el día, esa mujercita tuya te hará morder el polvo. —Le palmeó el hombro con gesto fraternal—. Voy a fingir que me intereso por este nuevo proyecto y dejarme caer por el taller. ¿Quién sabe? Quizá encuentre algo que merezca la pena y esta mala excusa tuya termine siendo algo rentable a largo plazo.

—Sabes que no apuesto si no sé qué tengo altas probabilidades de ganar.

—¿Por qué crees tú que he aceptado esta asociación si no? —chasqueó divertido—. Tú me cubriste las espaldas allá fuera y yo te cubro las tuyas ahora, así es como funciona esto, socio, así es cómo ha funcionado siempre.

Asintió, no había nada más que añadir ante algo que estaba perfectamente claro entre ambos y entre los miembros del equipo que había llegado a tener bajo su mando durante sus días en el ejército. Algunos de sus compañeros humanos todavía seguían en el ejército, pero los otros lo habían ido dejando y, al igual que él, se dedicaban a tareas menos peligrosas.

Se pasó la mano por el pelo y suspiró.

—Supongo que es hora de enfrentarse con esa pequeña y colérica bruja.

—Ten cuidado, socio, ella podría drenarte hasta dejarte seco —se echó a reír—, y no me refiero a tu magia.

Puso los ojos en blanco y salió en post de esa irritante mujer.

CAPÍTULO 4

Emily no miró atrás, salió como una exhalación de la sala de juntas, cruzó el pasillo ignorando las miradas e incluso la llamada de Julia y se metió en el ascensor tan pronto como las puertas se abrieron.

—Esto no puede estar pasando, esto no puede pasar en absoluto. —Bajó la mirada sobre la muñeca e hizo una mueca, el tatuaje que la rodeaba era como un maldito título de propiedad.

Las puertas se cerraron y solo entonces se dejó ir apoyándose contra uno de los laterales, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos en un intento por recuperar la serenidad que había perdido. Sentía todavía esa huella de poder corriendo por sus venas, había sido algo instintivo, su cuerpo había reaccionado por sí mismo siguiendo esa palpable huella de poder y se había aferrado a él, aplacando esa hambrienta necesidad en su interior y disfrutando del proceso muy a su pesar.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez? ¿Había sido alguna vez tan intenso? No, Ethan no tenía el descarnado poder que acababa de absorber, el suyo había sido como un río fluido, siempre en constante movimiento y estable, la ayudaba a mantenerse en equilibrio de la misma manera en que ella lo mantenía a él creando una simbiosis perfecta.

Su cuerpo había añorado esa calidez y esa hambre que despertaba en ella la magia, era como si llevase más de un año a dieta y por fin pudiese permitirse el capricho de comer lo que le daba la gana.

Se mordió los labios y apretó los muslos, sentía los pechos llenos, pesados y los pezones tan duros que le molestaba hasta la ropa, el hilo de magia que había absorbido seguía dentro de ella diciéndole que quería más, que deseaba ese poder, que deseaba bañarse en él, alimentarse de él y era consciente de que antes o después acabaría cediendo a él.

Sacudió la cabeza, respiró hondo y miró la pantalla en la que cambiaban los números.

—Demasiado lento —masculló. Cerró los ojos, tomó una profunda respiración y volvió a abrirlos. Encontró su propia mirada en el espejo de una de las paredes del ascensor, se lamió los labios y estiró el brazo hasta que sus dedos acariciaron el cristal, sintiendo el frío bajo las yemas de los dedos—.

Lucinda, te necesito.

La magia que acababa de absorber se deslizó desde todas partes de su cuerpo hacia las yemas en contacto con el espejo, este empezó a emborronarse, como si se hubiese llenado de vaho y, un momento después, se encontró con la imagen de una mujer vestida con colores llamativos sentada ante una mesa redonda cubierta con un tapete negro.

—Lucinda...

La aludida levantó la cabeza, el pelo rizado le caía sobre los hombros y enmarcaba un rostro en forma de corazón.

—Emily, me preguntaba cuando iba a llamarme mi bruja favorita.

Se lamió los labios y mantuvo la mirada sobre ella.

—Lucinda, estoy atrapada.

—No querida, mía, tu antiguo matrimonio era quién te mantenía atrapada, ahora eres libre y esa magia salvaje que empieza a correr por tus venas te liberará por completo, tal y como debió ser desde el principio. —La mujer sonrió, sus ojos poseían el brillo de las esmeraldas, su pelo el marrón de las hojas secas—. Siempre has estado destinada a unirte un Alto Hechicero, es tu destino, tu sino, no hay otro camino para ti.

Se remangó la manga de la chaqueta y le enseñó la marca en la muñeca —. Esto no puede llamarse libertad.

Los ojos verdes cayeron sobre la banda que le rodeaba la muñeca y vio la sonrisa en ellos, la misma que le curvó también los labios.

—Tu libertad viene con cadenas, querida mía, con grilletes en forma de hombre y llaves forjadas en el calor de la magia salvaje —le dijo en un susurro al mismo tiempo que la imagen sobre el espejo se iba diluyendo hasta desaparecer—. Os pertenecéis, Emily, vuestras almas nacieron juntas, solo era cuestión de tiempo que encontrases el camino hacia él...

—Lucinda, espera...

—Es tu Alto Hechicero, te necesita para drenar su magia y tú lo necesitas a él para saciar el hambre que crece día a día en tu interior —escuchó su voz en el aire, pues su reflejo ya se había extinguido—. Sois dos partes de un todo, no luches contra el destino y abrázalo, ya es hora de que te alimentes como debes y no solo de migajas.

Resbaló la mano por el cristal hasta que cayó inerte a su costado, el espejo le devolvió su propio reflejo en el mismo instante en que el timbre del ascensor sonaba, las puertas se abrían y se encontraba con el reflejo de Matthew al lado del suyo.

Se giró como un resorte, encontrándose con sus ojos, su cuerpo reaccionó al momento, como si notase su magia. Dio un paso atrás de forma instintiva, intentando contenerse y quedó atrapada contra la pared.

—No te acerques, no des ni un solo paso.

Los ojos azules se entrecerraron ligeramente, la recorrió con la mirada y un segundo después el entendimiento se reflejó en sus ojos.

—¿Esta es tu forma de castigarme? ¿Intentas matarte a ti misma de inanición?

—No tengo el menor interés en castigarte o hablar contigo de absolutamente nada —siseó, avanzó con intención de pasar por su lado y dejarle atrás, pero la interceptó cogiéndola de la mano.

El contacto fue como una descarga eléctrica, como conectar un amplificador a su propio don a fin de absorber la magia que vestía a ese hombre como una túnica. Jadeó, la intensidad era tal que le temblaron las piernas y retrocedió, entrando de nuevo en el ascensor, como si de esa manera pudiese evitarle.

—¡Aléjate de mí! —Extendió ambas manos a modo de escudo—. Por favor, no... no puedo controlarlo...

No, no podía controlar esa intensidad que venía de él, su poder era muy superior al que había manejado Ethan, con todo, a su marido casi lo había drenado de magia la primera vez que se alimentó de él. Había perdido el control y no podía permitir que volviese a suceder.

—No quiero drenarte —insistió mirándole a los ojos, el miedo se instaló en su mente al ver que las puertas se cerraban y él quedaba encerrada con él—. No... no hagas esto, por favor, no lo hagas...

Pero él no la escuchó, se limitó a avanzar hacia ella y acorralarla.

—Dame la mano.

—No.

—Emi.

—¡No me llames así!

—Me das la mano o te beso, de una forma u otra voy a tocarte.

—¿Es que quieres morir, idiota?

—Difícilmente podría matarme alguien tan menudita como tú.

—Serás capullo.

—Vamos, esposa, ¿me das la mano o te como la boca?

—¡Muérete!

—Buena elección, me moría por besarte.

No había manera de escapar de él, ni de su presencia ni de su recuerdo y, cuando estuvo tan cerca que ya no podía respirar otra cosa que su aroma, su magia entró en ella, salvaje, rabiosa, la llamó sin darse cuenta, como si se hubiese convertido en una esponja seca que necesitase toda el agua disponible en el mar.

—Joder —escuchó su siseo, pero no fue consciente de nada más. Su mente se nubló, dejó de ver, de oír y, durante lo que pareció una eternidad, se le olvidó respirar—. Emi, respira profundamente.

—No... no puedo...

—Sí, puedes, amor, relájate —escuchó ahora su voz al oído, como si se hubiese inclinado sobre su oreja y le hablase allí—. Deja que entre, calmará tu hambre y pronto tendrás control sobre ti misma.

—No... no, por favor, para... no quiero... no quiero hacerte daño...

Un cálido aliento sobre sus labios, un roce suave y el beso que había amenazado —aunque a ella le había parecido más bien una promesa—, darle.

—No me estás haciendo daño, Emi, estás tomando para ti lo que me sobra, lo cual es algo fantástico para ambos —le aseguró entre besos—. Empezaba a sentirme fuera de control, estaba tan ansioso por verte, mi magia no dejaba de llamarte...

Gimió cuando se presionó contra ella, un fuerte muslo se instaló entre sus piernas haciendo que la falda se le levantase por encima de las rodillas.

Podía notar sus propios senos apretujados contra ese duro y amplio pecho mientras jugaba superficialmente con sus labios, todo su cuerpo estaba pegado al de ella y le era imposible pasar por alto la dura erección que se presionaba contra su estómago a través del pantalón.

—No dejaré que nadie vuelva a apartarte de mí.

Sus palabras la hicieron temblar, había soñado tantas veces con escucharlas de su boca, pero estos nunca se habían cumplido, nunca se hicieron realidad y ahora ya era demasiado tarde.

Lo empujó con toda la fuerza que podía, rompió el beso a pesar de desearle con cada fibra de su ser, lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Debiste pensar en ello cuando me diste la espalda y no miraste atrás, ahora es demasiado tarde.

Su reproche pareció cogerlo por sorpresa, no era un simple mecanismo de autodefensa, parecía genuinamente sorprendido por sus palabras.

—¿Darte la espalda? —Repitió incrédulo—. ¿No mirar atrás? ¿De qué estás hablando?

—Dijiste que no era suficiente mujer para ti —lo acusó con verdadero dolor, apretando los dientes ante el recuerdo—, que no era lo suficiente bruja para contener tu magia. No son palabras que se digan y se olviden fácilmente.

—Emily —dio un paso atrás, como si le hubiese abofeteado—. Yo jamás tuve esa conversación contigo.

Se rió, no pudo evitarlo, la amargura brotó en su voz.

—Pues para no haberla tenido yo la recuerdo perfectamente, Matthew, recuerdo cada una de esas palabras, cada uno de los gestos y la frialdad en tu mirada —lo acusó apuntándolo con un dedo—. Perdiste tu oportunidad, hechicero, yo no mendigo por migajas.

El ascensor se detuvo una vez más, las puertas se abrieron y no esperó a obtener una respuesta a su acusación, pasó frente a él y fue directa a su escritorio para recoger sus cosas.

Le temblaba todo el cuerpo por la reciente acumulación de magia, el vacío en su interior se había calmado y se encontraba mucho mejor que de costumbre, pero eso no era ni de lejos suficiente para perdonarle su abandono.

Se aseguró de tener todo lo que necesitaba, apagó el ordenador y recogió su bolso solo para dar un respingo cuando él le cortó cualquier vía de escape mientras dejaba caer la palma de golpe sobre la superficie de su escritorio. Levantó la mirada y se encontró con sus ojos, brillantes y rabiosos.

—¿Cuándo tuvimos esa conversación?

Parpadeó.

—¿Es en serio?

Él no cedió.

—¿Cuándo, Emily? ¿Cuándo tuvimos esa maldita conversación?

Se aferró al respaldo de la silla y dio un paso atrás, retrocedió todo lo que le permitía el reducido espacio. Sentía su magia crepitando sobre su piel, extendiéndose hacia ella en clara amenaza.

—¡Sabes perfectamente cuando!

—¡No! ¡No tengo ni la más mínima maldita idea! —respondió con el mismo tono airado que ella—. La última conversación que yo recuerdo fue bajo el árbol en el que solíamos citarnos, cuando aceptaste ser mi esposa, ser mi bruja...

Sus palabras la golpearon, frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Nos vimos esa misma noche, Matthew, viniste a verme a casa, llamaste como siempre a la maldita ventana —murmuró con algo demasiado parecido

al pánico. No quería pensar siquiera en lo que se le estaba pasando por la cabeza—. No quisiste entrar, te quedaste al otro lado y me dijiste que cometiste un error, que ambos lo habíamos cometido al pensar que yo era suficiente para ti.

Negó lentamente con la cabeza y, con cada nuevo movimiento negativo, el corazón empezó a detenerse.

—Nunca fui a verte a tu casa, nunca hablé contigo esa noche y desde luego, esas palabras jamás han salido de mi boca —resumió en tono frío, distante—. Esa noche pedí permiso al consejo para desposarme contigo, quería seguir las malditas normas y hacer las cosas como dictaban las tradiciones, pero lo que conseguí en cambio fue un encierro de nueve días.

Negó con palpable incredulidad, el dolor la atravesó como una lanza ardiente, la comprensión se abrió paso a través de su propia negación.—. me denegaron el permiso. Tu mano y sangre habían sido dadas ya por tu padre a otro hechicero, tu boda era inminente —continuó sin detenerse, sin que se notase en su voz inflexión alguna, era como si se hubiese aislado a sí mismo mientras se lo contaba—. Decidieron que yo era demasiado peligroso para ti, demasiado peligroso para cualquier bruja joven. ¿Cuál fue el término que utilizaron? Ah, sí, bestia salvaje. Quizá hice honor a ese nombre, ya que desaté mi poder y terminé encerrado en uno de los calabozos del gremio durante nueve días.

No, aquello no podía ser verdad, no podía serlo y sin embargo, ¿acaso no era eso lo que solía hacer el gremio? ¿No eran esos ancianos expertos en manipular a todo el mundo? ¿No lo era su propio padre?

—Cuando salí tu padre estaba allí, esperándome, quería darme personalmente la noticia de tu reciente enlace, quería que supiese que estabas fuera de mi alcance y que no debía buscarte —declaró con voz fría, tan lejana como parecía estarlo él mismo en ese momento—. Todos insistían en lo mismo, en que yo era demasiado peligroso para ti, pero él fue más lejos y me dijo sin rodeos que sería tu muerte, que si seguíamos juntos, te mataría porque no podrías absorber mi magia y esta terminaría consumiéndote.

Se dejó ir contra la pared, era incapaz de dejar de negar con la cabeza a pesar de saber que lo que decía era la verdad. Podía detectar la mentira en la voz de cualquier hechicero y él solo hablaba con la verdad.

—No...

—Nos mintieron a ambos, Emily.

—No, por favor... no...

—Nunca fui a ti esa noche, aún si deseaba verte con todas mis fuerzas.

—Pero yo te vi, estuviste junto a mí, te rogué...

Negó con la cabeza.

—No fui yo, Emi, no estuve contigo entonces.

Tembló, sintió como las fuerzas la abandonaban y se encontró resbalando por la pared hacia el suelo.

«Es hora de que enmendé el error que cometí y te devuelva a los brazos del hombre en los que siempre debiste estar».

Las palabras volvieron a resonar en su mente, vio la mirada de su padre y el arrepentimiento. Ahora comprendía que no se debía a esos quince años lejos de ella, a haberla entregado a un hombre al que no amaba, se disculpaba por un engaño del que nunca había sido consciente.

Oh sí, había sospechado, se había dicho a sí misma una y otra vez que todo era un error y que Matthew vendría a por ella, le diría que se había equivocado y que todavía la amaba.

Pero, ¿quince años después?

—¿Por qué? ¿Por qué has esperado hasta ahora? —Levantó la cabeza y jadeó—. Quince años, Matt, han pasado quince años.

—¿Crees que no soy consciente de todo el tiempo que te han mantenido lejos de mí? —Se acuclilló junto a ella—. Le pertenecías a otro hombre, no había nada que yo pudiera hacer. Sabes que nuestros vínculos son un maldito *«hasta que la muerte nos separe»*, no existe el divorcio.

—¡Yo no lo elegí a él!

Su mirada se suavizó, levantó la mano y le limpió las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.—. los dos se nos privó de elección esa noche, Emily, pero el destino es lo bastante caprichoso como para desear concedernos una segunda oportunidad —le aseguró resbalando los pulgares por sus mejillas—. Y no voy a desperdiciarla, tú eres para mí, lo has sido desde el día en que naciste.

Lo miró a los ojos, subió las manos a las suyas y las cubrió con gesto tembloroso.

—¿Y no era más sencillo venir y decírmelo? ¿Tenías que atarme? —Le mostró la muñeca con el vínculo de enlace que encajaba en el que él también llevaba y ahora se apreciaba bajo el puño de la camisa—. ¡Tú también me has privado de la posibilidad de elegir!

Sus palabras fueron como un cuchillo, pudo verlo en sus ojos, en la forma como apartó ligeramente la mirada antes de suspirar y volver a encontrarse

con ella.

—Todos me quitáis el único poder que tengo, lo único que es realmente mío. —Se arrancó sus manos del rostro—. Me robáis mis elecciones.

—Emily...

—He pasado los últimos quince años de mi vida intentando olvidarte, odiándote por haberme abandonado, intentando amar a alguien que no amaba, pero que sí se merecía mi amor —luchó por ponerse en pie—. He vivido con miedo de anhelar lo que ya no podía ser mío, con miedo a robar la vida de aquel que estaba dispuesto a entregármela voluntariamente. Soy una bruja, soy una bruja maldita, maldita porque no he podido olvidarte, porque te he anhelado a pesar de todo... ¡Te odio, Matthew! ¡Odio lo que tu amor me ha hecho!

Levantó la cabeza y lo miró llena de rabia.

—No me tendrás, ¿me oyes? —sentenció—. No volverás a herirme, tu ausencia casi me destruye y ahora que estás aquí...

—Ahora que estoy aquí haré lo que debí hacer desde el primer momento, Emi —la interrumpió él con dureza y un brillo letal en esos ojos azules—. Luchar a muerte, aún si debo hacerlo contigo.

Lo fulminó con la mirada.

—Ya no te quiero.

Sonrió de soslayo y la recorrió de la cabeza a los pies.

—Bien, ódiame —asintió sin mayor problema—, ya me encargaré yo de hacerte cambiar de idea.

Antes de que pudiese replicar a sus palabras, se encontró peleando con él para evitar que la tocara, pero sus intentos fueron tan infructuosos como sus pataletas y los golpes de sus puños cuando la cogió sin esfuerzo y se la echó al hombro.

—Mira por donde, mi querida esposa y secretaria, vamos a empezar ahora.

CAPÍTULO 5

Matthew abrió la puerta y la cerró con un golpe de tacón, musitó un breve conjuro y escuchó con satisfacción el sonido del pestillo, así como el suave frufurú que hacía su magia al extenderse alrededor de la habitación, creando una perfecta insonorización.

—¡Bájame ahora mismo, mula estúpida! ¿Quién te crees que eres? ¡No tienes derecho a...! ¡Ay!

Sonrió para sí y deslizó la mano sobre el redondeado culo que acababa de azotar y se lo apretó.

—¿Qué te parece si dejas los insultos para después y terminamos lo que empezaste en el ascensor?

—¡Yo no empecé nada! —Volvió a aporrearle la espalda mientras se revolvía como una lagartija sobre su hombro—. Déjame en el suelo, bastardo.

—Pero qué boquita más sucia, amor.

—¡No me llames amor, maldito hechicero!

Dejó que se deslizase de su hombro, manteniéndola pegada a su cuerpo, aprovechando el momento para deleitarse con todas esas curvas hasta que plantó los pies en el suelo y se vio obligado a mantener un brazo alrededor de la cintura para que no escapase.

Podía sentir como su magia iba hacia ella, como acariciaba la piel de la mujer en una muda súplica que no podía rechazar. El tirón no era tan desesperado como antes, ya bien porque ella estaba demasiado ocupada cabreándose con él o porque la que ya había consumido había aplacado su hambre, parecía en perfecto control de sus habilidades brujas.

—Suéltame ahora mismo, Matthew, no tienes derecho a...

—Eres mi esposa —replicó cogiendo su mano marcada y llevándosela a la boca, depositó un beso sobre la banda antes de que ella empezase a luchar por soltarse—. Eso me da un montón de derechos sobre ti.

—No quiero ser tu esposa.

—Un poquito tarde para eso.

—Déjame ir ahora mismo o grito como una posesa.

Sonrió de soslayo y se encogió de hombros.

—Tú misma.

Para su sorpresa, lo hizo. Echó la cabeza hacia atrás y se puso a gritar

como una banshee.

—¿Ya te sientes mejor?

—¡No!

Chasqueó la lengua y la soltó permitiéndole una momentánea retirada.

Ahora podía permitirse contemplarla a placer, ver en ella todos aquellos cambios que venían con la madurez. Emily había perdido ese aire juvenil, casi inocente y lo había sustituido por algo más sensual y picaresco, sus ojos parecían haberse rasgado un poco más dotándola de una mirada felina y cada una de sus curvas se había llenado en los lugares adecuados. Era una mujer voluptuosa, pero eso le gustaba, estaba hecha para él, para contener la magia que se generaba en su interior y que antes o después necesitaba una salida.

Pasó la punta de la lengua por el labio inferior en una hambrienta apreciación, tenía que admitir que le gustaba la manera en que esa chaqueta contenía sus pechos, por no hablar de la falda por la rodilla que le envolvía las caderas como una segunda piel, era como un bonito regalo listo para desenvolverse, podía sentir como le picaban los dedos por retirar cada una de esas capas.

—¿Quieres dejar de mirarme como si fuese un filete? Es desagradable.

Ladeó la cabeza al tiempo que se sacaba la chaqueta del traje y la colgaba con gesto descuidado en el respaldo de una silla.

—Mis disculpas, no he probado un filete de tus características en... bueno, creo que nunca —confesó recorriéndola con la mirada.

—Sí, claro, a otra con ese cuento, hechicero —resopló escudándose detrás del escritorio—. Quince años son muchos años para no tener amantes y no eras virgen cuando nos conocimos.

Se rió, no pudo evitarlo.

—Me expresé mal si has llegado a tal conclusión. —Negó con la cabeza—. Lo que quiero decir es que no he tenido antes una esposa a la que apreciar.

—Pues ya es hora de que te busques una.

—La tengo delante.

—¡Esto no cuenta! —Levantó la mano y señaló la banda en su muñeca—. Abre esa maldita puerta y déjame salir, Matthew, voy a marcharme y por dios que no volveré jamás.

—*Auch*, amor, eso duele. —Se llevó la mano al pecho con fingido dolor.

—¡No soy tu amor! ¡Nunca lo fui!

—No hay ningún bien en mentirse a uno mismo, Emi —chasqueó, se

llevó dos dedos a la garganta y desanudó la corbata—. Lo único que consigues es hacer la herida mucho más grande.

—Para eso tendría que existir alguna herida y yo...

—Tú estás tan herida como yo.

Se quitó los zapatos, lanzándolos a un lado, siguió con los gemelos y el cinturón del pantalón, todo ello mientras esos bonitos ojos seguían cada uno de sus movimientos.

—Y ya va siendo hora de que dejemos de sangrar, ¿no te parece? —Se quitó la camisa y la dejó sobre el respaldo que contenía su chaqueta.

—¡Deja de desvestirte, maldición!

—Tengo una idea mejor, desnúdate tú también, así estaremos en igualdad de condiciones.

—No pienso hacer tal cosa.

—¿Prefieres que te arranque la ropa? —preguntó devorándola con la mirada—. No me costaría nada.

—No te atrevas...

Ella retrocedió y él la siguió, empezaron a rondarse como dos combatientes, aunque en su mente solo había una meta; tenerla. Bajó la mano a la parte delantera de los pantalones, abrió el botón y bajó la cremallera obteniendo de ella un pequeño gemido de asombro.

—¿Pero en qué demonios estás pensando? ¡Es tu maldita oficina!

Se encogió de hombros.

—No por mucho tiempo.

Dejó que su magia tejiese lo que moldeaba su mente, doblando el espacio a su alrededor hasta cambiar completamente la apariencia de un despacho por el de una habitación con una oportuna cama. Necesitaba darle salida a su poder, Emily apenas había tomado para sí un sorbo y con todo el estrés del maldito día, estaba lo suficiente cargado como para iluminar él solito toda la jodida ciudad. Tenía que darle salida y no había una forma mejor que haciéndolo para alimentar a esa pequeña bruja.

—La ropa, Emily, ¿necesitas ayuda?

Ella dio un respingo, había presenciado el cambio con un nerviosismo fuera de lo normal, las paredes habían cambiado de lugar y ahora debía replantearse el buscar algo que le sirviese de parapeto.

—¿Emily?

Esos bonitos ojos se encontraron con los suyos, había temor y sobre todo un nerviosismo in crescendo.

—No... no uses más magia... no delante de mí... no lo hagas.

Entrecerró los ojos y la observó, maldijo por lo bajo y levantó la mano, dibujando un par de símbolos en el aire, al momento cualquier pedazo de ropa que todavía quedase sobre su cuerpo o vistiese el de ella se esfumaron en el aire.

—¡No!

Su terror era genuino, no se molestó en cubrir su deliciosa desnudez, sus ojos se humedecieron y tuvo que morderse la lengua para no maldecir. El cuerpo femenino vibraba de necesidad, de hambre, la bruja reconocía a su hechicero y ansiaba la magia que debía nutrir su alma y de la que hasta entonces se había estado privando.

—Ven.

Se limitó a extender la mano y al momento la tuvo frente a él.

—No lo hagas. —Sacudió la cabeza con una aterrada desesperación que le dolió en lo más profundo—. Por favor... Te haré daño... te mataré.

No se trataba de una de sus ocurrentes amenazas, estaba convencida de que le haría daño, de que su falta de control, lo heriría.

—No vas a hacerme ningún daño, ni yo te lo haré a ti —le aseguró al tiempo que resbalaba los nudillos por su mejilla—. Toma lo que necesitas, Emi, mi magia es para ti.

Deslizó la mano hacia su nuca y enredó los dedos en su pelo para atraerla hacia él y tomar posesión de su boca. El tirón fue instantáneo, era como si ella hubiese hundido la mano en su pecho y estuviese tirando de su magia hacia su propio cuerpo. La envolvió en sus brazos y la empujó hacia la cama, avanzando por cada paso que ella retrocedía.

—Para... por favor, para, es suficiente... —musitó en sus labios, aprovechando cada momento para coger aire—, no tengo control sobre mí misma, ¿es que no lo entiendes?

—Lo que entiendo es que te has estado dejando secar por dentro —declaró mirándola a los ojos, entonces la empujó suavemente haciéndola caer sobre el colchón—, y eso es algo que no puedo permitir que ocurra.

—¿Por qué no quieres escuchar, maldito estúpido?

—Te estoy escuchando, amor mío, es solo que no estás diciendo nada que me agrade —le aseguró con tono inocente—. Vamos a ver si podemos cambiar eso.

En un abrir y cerrar de ojos se dejó caer de rodillas, tiró de ella hacia él hasta dejarla con el culo al borde y, con un pícaro guiño, le separó las piernas

para dejar a su hambrienta mirada su expuesto sexo.

Sintió el temblor que la recorrió tan pronto adivinó lo que tenía en mente.

—Ah, no, eso sí que no, Mat, no puedes...—. menos que sean gemidos o grititos los que emerjan de tu garganta, no quiero escuchar ni una sola palabra.

Dicho eso bajó la cabeza entre los muslos femeninos y, utilizando los pulgares para separar los labios de su sexo, la torturó con la lengua.

CAPÍTULO 6

Emily se derrumbó sobre el colchón, la cabeza le daba vueltas, su cuerpo estaba en llamas y el único culpable era el maldito hombre que estaba entre sus piernas, bebiendo de ella, como si llevase años sin probar una sola gota de agua. Se obligó a cerrar los labios y ahogar un gemido cuando sintió como la succionaba, un relámpago de placer la recorrió de la cabeza a los pies cuando encontró su clítoris y lo azuzó con pequeños golpecitos.

Era una locura, todo lo que había ocurrido era una auténtica locura y el que no pudiese, ni quisiera hacer algo para evitarlo, tampoco hablaba muy bien de su propio estado mental. Había luchado, había gritado, le había dicho que lo odiaba, ¿y todo para qué? Ahí estaba, en sus brazos, en su cama, después de tanto tiempo y deseándolo como la primera vez, ahogando sus propios gemidos cuando su cuerpo quería darles salida.

Sentía su magia entrando en su cuerpo como una sucesión de olas que se estrellan contra las piedras, quería detenerse, pedirle que lo hiciese él si ella no podía, pero cualquier gramo de control que hubiese podido tener en algún momento se había esfumado por completo con él.

Empezó a zarandear la cabeza sobre la almohada, se mordió los dedos en un intento por aplacar sus propios gemidos, lo que le hacía a su cuerpo era increíble, se sentía realmente bien y cuando su lengua y labios lamieron y chuparon su clítoris, se tensó y un inesperado clímax la barrió por completo, haciéndola gritar.

—Um, eso está mejor —creyó escucharle ronronear, entonces notó como su boca abandonaba su sexo y sus manos, las cuales resbalaron por su cuerpo, se aferraban a sus caderas y, sin previo aviso, la alzaban hasta que estuvieron mirándose a escasos centímetros—. Sí, esa es la mirada que quiero ver en tus ojos, pero todavía no es suficiente.

Jadeó al verse sacudida como una muñeca antes de encontrarse sobre manos y rodillas, apenas pudo echar un vistazo por encima del hombro cuando Mat le cubrió la espalda con su pecho y le mordió el arco de la oreja.

—Quiero oírte gritar mi nombre —le susurró al oído. Podía sentir ahora sus manos resbalando por sus muslos, separándole las rodillas y la inequívoca dureza de su sexo frotándole las nalgas—. ¿Cantarás para mí, dulce bruja?

Emily jadeó al sentir la punta de su pene empujando contra la entrada de

su sexo, había pasado más de un año desde la última vez que se había acostado con alguien, pero su cuerpo parecía estar más que ansioso de recibirle. Empujó poco a poco, introduciéndose centímetro a centímetro con una lentitud que la volvía loca, los dedos masculinos se hundieron en su carne con la misma fuerza con la que ella aferró las sábanas y entonces lo sintió completamente dentro, llenándola de una manera única y maravillosa.

—He soñado tantas veces con volver a sentirte así, con volver a estar dentro de ti —le susurró al oído con un tono ronco—, pero la realidad supera cualquier sueño, es jodidamente mejor que cualquier recuerdo que guardase en lo más recóndito de la memoria.

Cerró los ojos, no quería escucharle, no quería sentir lo mismo que él, pero era incapaz de dejar de hacerlo. Cuando se movió, retirándose parcialmente de ella y empujando de nuevo hacia delante, gimió ante la maravillosa sensación. Sentía cada pulgada del grosor del miembro masculino rozando cada una de sus terminaciones nerviosas, cada empujón la dejaba sin aliento y, después de algunos momentos de frenética cabalgada, ya no pensó en otra cosa que no fuese aquella dulce tortura.

Jadeó encontrándose con cada una de sus embestidas, sus caderas se movían por sí solas buscando más de lo que le daba, dejó de preocuparse por la magia que absorbía su cuerpo y se entregó por completo hasta que sintió como otro clímax se cernía sobre ella y arrasaba con la misma fuerza que el primero. Matt siguió moviendo las caderas, cabalgándola con mayor rapidez, con golpes más fuertes hasta que notó como se tensaba y se derramaba con un gruñido en su interior.

Los dedos masculinos se clavaron en sus caderas con tal fuerza que le provocó una punzada de dolor, pero incluso eso fue agradable en medio de todo aquel frenesí.

—No vuelvas a escapar, Emi, no a menos que quieras terminar de nuevo debajo de mí y con mi polla profundamente enterrada en ese dulce coñito —le susurró al oído entre jadeos—. No voy a dejarte mientras viva, ve haciéndote a la idea.

Notó como resbalaba de su interior y solo pudo dejarse ir sobre el colchón, tumbándose de lado para poder mirarle allí, en toda su desnuda gloria.

—¿Así es cómo piensas arreglarlo todo? ¿Con sexo?

Se dejó caer a su lado, luciendo la sonrisa más puñetera que había visto alguna vez en un hombre.

—No es un mal sistema, amor, pero no, si tengo que arreglar cada pelea que tú y yo tengamos durante nuestro tiempo en la empresa con sexo, iré a la quiebra —le aseguró, recordándole al mismo tiempo aquel pequeño detalle a tener en cuenta—. ¿Crees que podrías ser una buena brujita mientras trabajamos?

—No puedo creer que seas el nuevo dueño.

—El mundo es un pañuelo.

—Una mierda que lo es —resopló, se levantó y se llevó las manos a las caderas—. ¿Crees que no conozco una puñetera maniobra cuando la veo? No ha sido casualidad el encontrarnos aquí, tú lo planeaste, sabías que trabajaba aquí.

Se llevó las manos detrás de la cabeza y se dedicó a mirarla.

—No negaré lo evidente, esposa.

—Deja de llamarme así.

—Como desee, señora Oliver.

—Ni pienses que voy a usar tu apellido.

—Ahora es el tuyo.

—¡Y una mierda! —siseó y lo apuntó con el dedo—. No te quiero como marido y mucho menos aún como jefe, no quiero nada de ti.

—Pues para no quererlo, gemías bastante fuerte.

—¡Vuelve al agujero de dónde quiera que hayas salido y quédate allí! ¡Desaparece de nuevo de mi vida! ¡Vete, Mat, lárgate!

Chasqueó la lengua y se levantó, en un abrir y cerrar de ojos estaba ante ella, intimidándola con su tamaño y recordándole con su perfecta desnudez, lo que acababa de suceder entre ellos.

—No, no y no —respondió a cada una de sus peticiones—. Ahora, escúchame bien, Emily Oliver. Te quiero, quiero pasar el resto de mi vida junto a ti y, por si eso no es suficiente, ¿te has dado cuenta de que sigo vivo y coleando a pesar de que me has drenado en más de un sentido?

Abrió la boca, pero se quedó sin palabras. Lo miró como si no pudiese creer en sus palabras a pesar de que la evidencia estaba delante de sus narices. Por primera vez en... Dios, siempre, no se sentía vacía, no tenía esa hambre de magia que solía atormentarla a veces, estaba completamente saciada y el culpable de ello seguía allí, más fresco que una lechuga y con la polla de nuevo dura.

—Increíble, acabo de dejarte sin palabras, eso merece una celebración —aseguró muy complacido consigo mismo—. Te llevaré a cenar. ¿Qué te

apetece?

—Ahora mismo, perderte de vista.

—Te concederé tu petición, pero solo porque necesito ponerme al día

—aseguró, chasqueó los dedos y ambos terminaron completamente vestidos y en el despacho del edificio de la empresa—. Te recogeré cuando termines y hablaremos de nuestro futuro juntos.

—No hay un futuro juntos.

Él chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Ríndete, amor mío, ahora que te encontré, nada ni nadie hará que te pierda otra vez.

Con eso se colocó bien la corbata, se arregló la chaqueta y ocupó el sillón de cuero de la presidencia de la empresa.

CAPÍTULO 7

Emily atravesó el pasillo y se dirigió directamente a las escaleras. No quería tocar ese maldito ascensor, no después de lo que había pasado en él para empezar. Tiró de la pesada puerta de las escaleras y salió, deteniéndose en seco, se aferró al pasamanos antes de precipitarse de cabeza por los escalones. Se obligó a respirar profundamente, se alisó las inexistentes arrugas de su traje de chaqueta, se abotonó un poco más la blusa y finalmente se dejó caer en el primer escalón cuando todo su cuerpo acusó la estupidez que acababa de cometer.

Quince años y había actuado como si se hubiese marchado ayer, cómo si no hubiese sufrido, como si la vida que había vivido no fuese más que un mal sueño. Se abrazó las rodillas y hundió el rostro contra ellas, apretó los dientes y se negó a derramar una sola lágrima aunque sus ojos no dejaban de empañarse.

—Estúpida, estúpida, estúpida.

Le habían destrozado la vida, le habían quitado todo lo que le importaba y ahora comprendía que las sospechas que siempre giraron en lo más profundo de su corazón no eran infundadas, que había motivos reales para lo ocurrido entonces.

Mentiras, engaños, no necesitaba preguntar para saber que su padre había tenido parte importante en aquellos sucesos, para entender que el

Consejo de Brujo buscaría únicamente su propio interés y que todos harían lo que fuese necesario para preservar a la última bruja de su línea a costa de su propia felicidad.

«Puedes no querer nuestro vínculo, puedes no quererme a mí, pero debes amar la vida, Emily, quizá esta te devuelva algún día lo que te quitó».

Ethan no intentaba torturarla con sus palabras, no era un recordatorio de ese *«hasta que la muerte nos separe»* que unía a las parejas formadas entre hechiceros y brujas, era un recordatorio de que la vida podía cambiar cuando menos te lo esperabas. Había sospechado que siempre había sido consciente de su mortalidad, que ese infarto llegaría antes o después, probablemente lo habría visto con ese don de clarividencia que esgrimía raras veces y había preferido callar, pero, ¿cómo desear o esperar la muerte de alguien que la había tratado bien, que la había querido a pesar de todo? Eso no habría sido

vida para ninguno de los dos.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —musitó cómo si él pudiese escucharla, como si todavía estuviese cerca de ella—. Siempre supiste que había existido un engaño, que las cosas no eran lo que parecían.

Sí, por supuesto que lo sabía. Esa había sido sin duda su motivación para ponerla en movimiento, para obligarla a vivir cuando lo que deseaba era morir. Había permitido que lo odiase, que se desquitase con él con tal de mantenerla con vida y en el camino correcto, aquel que la llevaría una vez más a la casilla de partida.

«Nunca fui a verte a tu casa, nunca hablé contigo esa noche y desde luego, esas palabras jamás han salido de mi boca. Esa noche pedí permiso al consejo para desposarme contigo, quería seguir las malditas normas y hacer las cosas como dictaban las tradiciones, pero lo que conseguí en cambio fue un encierro de nueve días».

Apretó con más fuerza las rodillas y contuvo un sollozo, el dolor floreció en su pecho, todo lo que había guardado durante esos años brotó sin previo aviso y lloró como aquella primera vez. Dejó que las lágrimas se llevaran el pesar, las dudas, la rabia y todo aquello que la había acompañado, dejó que la verdad penetrase sin tiritas en su corazón, dejó que su alma abrazase lo que siempre había negado por temor a romperse en pedazos, se permitió tener esperanza, la que habían sofocado con palabras y más palabras vacías.

—Emi.

Se sobresaltó al escuchar su nombre, levantó la cabeza de golpe en el mismo instante en que Julia se sentaba a su lado y la abrazaba. No hacían falta las palabras, envolvió sus brazos alrededor de la cintura femenina y hundió el rostro en su pecho rompiéndose por completo, mostrando una fragilidad que no le había permitido ver nunca a otro ser vivo.

—Ha vuelto, Julia, después de tanto tiempo, ha vuelto.

—Así que es él —escuchó musitar a su amiga al tiempo que apoyaba la cabeza sobre la suya.

No respondió, todo lo que podía hacer en esos momentos era llorar e intentar respirar a través de los hipidos mientras dejaba escapar todo el dolor acumulado en esos quince años.

CAPÍTULO 8

El día avanzó con tal lentitud que Matthew estuvo tentado de usar su poder solo para acelerarlo. Si no fuese porque se trataba de un tabú, lo habría hecho sin pensarlo dos veces para poder reunirse con ella. Pero no jugaría con su libertad ni con la de la bruja que le pertenecía, la única que poseía su corazón.

Había visto en sus ojos la reacción a sus palabras, el dolor por una vida basada en el engaño y la traición, la necesidad de apartarse de él a pesar de la imperiosa necesidad de estar a su lado, el terror a hacerle daño con su propio poder, aquel que había nacido únicamente para contener el suyo.

Apretó los dientes al recordar esa sensación de hambriento vacío en su interior, la rabia lo había invadido por lo que se había hecho a sí misma, por lo que otros le habían permitido hacer manteniéndola alejada de la magia que necesitaba para vivir. Para una bruja de su clase la carencia de ingesta de magia era igual que la ausencia de alguna vitamina importante, podía subsistir, pero nunca estaría al cien por cien de sus capacidades y Emily se había dejado a sí misma morir de hambre en ese sentido.

«Por favor, no quiero hacerte daño».

Lo decía en serio, con un convencimiento nacido de una aterradora experiencia a juzgar por el terror que había visto reflejado en sus ojos.

—¿Quién te ha hecho tanto daño, amor mío?

La vida, las circunstancias y las personas que ostentaban el poder los habían jodido a ambos, se dio cuenta, pero eso ya no importaba, no cuando por fin tenían la oportunidad de continuar desde dónde lo habían dejado.

—No, no continuar... sino comenzar de nuevo.

Ninguno era lo que había sido, ella ya no era la niña que recordaba, el sabor de la mujer que era permanecía en su boca, su cuerpo ahora encajaba a la perfección junto al suyo, atrás quedaba la inocencia de la juventud, la inexperiencia y la ilusión de los sueños, ahora solo podían enfrentarse a la realidad, una que deseaba con desesperación, que amaba en gran medida.

Dejó escapar un suspiro, cerró la carpeta que tenía delante de él y sonrió pensando en lo que le esperaba a partir de ese momento.

—Eres mía, Emi, voy a recordártelo a cada paso del camino —musitó para sí—, hasta que no te quepa la menor duda de que tu sendero y el mío son

uno solo.

E iba a empezar ahora mismo, pensó dejando el escritorio y recogiendo la chaqueta del respaldo de la silla. Sabía que su apetitosa esposa había dejado el edificio poco después de su encuentro, pero no era algo que le preocupase, de hecho había esperado que reaccionase de alguna manera.

Emily había demostrado tener un carácter explosivo, algo que ya había vislumbrado cuando se conocieron, la edad simplemente lo había vuelto más dúctil, pero esa vena dinamitera seguía allí, lista para descargar sobre él toda su potencia.

Sonrió, tenía que admitir que había disfrutado con esa batalla verbal, le encantaba ver cómo le brillaban los ojos, la manera en que se le encendían las mejillas y esos labios... Tiró del pantalón, su polla estaba más que dispuesta a repetir la sesión privada de antes, se relamió y se obligó a sí mismo a pensar en cualquier otra cosa que no fuese su mujer desnuda sobre las sábanas; algo jodidamente difícil.

—Lo primero es lo primero. —Se instruyó a sí mismo dirigiéndose ya a la puerta.

Tenía que encontrarla, lo cual no era demasiado complicado, no después de haberla alimentado con su magia, lo que sería más complicado era convencerla de que aceptase cenar con él, pero haría lo que fuese para disfrutar de su compañía y, con suerte, arrastrarla de nuevo a su cama y gozar de ella toda la noche, la que esperaba fuese la primera de muchas.

Sabía que estaba cabreada como una mona por la jugarreta de sus esponsales, tendría que aceptar su falta y hacer penitencia, pero incluso eso era preferible a perderla. Necesitaban hablar, terminar de poner todas las cartas sobre la mesa y encontrar un punto de unión que pudiese conducirlos a ambos a compartir una sola vida. No sería fácil, pero Matthew no había llegado a ser lo que era sin ganar algunas batallas.

Abrió la puerta con la mano, tenía que acostumbrarse a prescindir de la magia en su lugar de trabajo, a mantener un perfil totalmente humano, algo no demasiado complicado para un Alto Hechicero.

—Bueno, veo que sigues de una pieza.

Cerró la puerta tras de él y le dedicó una perezosa sonrisa al recién llegado. Elijah parecía listo para abandonar también las oficinas.

—¿Acaso esperabas lo contrario?

Se carcajeó.

—¿La verdad? Después de la maravillosa recepción de tu brujita, sí, me

esperaba que te faltasen algunas partes del cuerpo, tus favoritas, de hecho.

—Por suerte para mí, le gustan bastante esas partes, así que se han quedado en su sitio.

Su amigo enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—Ya veo, te ha drenado y lo has pasado de puta madre en el proceso, ¿eh?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Es mi esposa.—. tu secretaria —se rió entre dientes—. Vaya una combinación.

Una que sin duda iba a hacer sus días de trabajo mucho más interesantes.

—¿Qué tal te ha ido en los talleres?

—Tenemos personal que conoce al dedillo su tarea —asintió llevándose las manos a los bolsillos—, y no temen mancharse las manos. Incluso esa coqueta secretaria que me ha tocado, sabe cómo hacer su trabajo.

Ahora fue él quien enarcó una ceja, pero su amigo alzó ambas manos.

—Es humana y ya conoces mi política al respecto.

—¿Fóllalas y olvídalas?

—Sí, esa sería mi segunda política, la primera es «nada de aperitivos humanos en el trabajo».

Puso los ojos en blanco, Elijah era un demonio, un íncubo, así que su especialidad era precisamente esa, seducir, alimentarse y olvidarse.

—Además, la chica me cae bien —admitió con un ligero encogimiento de hombros—. No le ha dado vueltas la cabeza, ni se ha quedado mirando mi entrepierna con cara de boba, así que... eso la hace la secretaria perfecta.

—Eso es porque ya te has alimentado antes de venir a la oficina.

—Vale, eso también.

Sacudió la cabeza e intentó no reírse entre dientes, le palmeó el hombro y lo miró.

—Muy bien, socio, sigue por ese camino y tu rehabilitación irá bien.

—¿Quién quiere rehabilitarse? —chasqueó en divertida respuesta—. No, amigo mío, la rehabilitación es para los idiotas, yo todavía no he llegado a esa categoría.

—Sí, claro.

—Suerte con esa brujita, creo que la vas a necesitar.

Asintió, sí, sin duda un poco de suerte no le iría nada mal a la hora de enfrentarse de nuevo con Emily.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Dejó a su socio y amigo y musitó un hechizo de rastreo, ya solo necesitaba seguir la huella de su magia para llegar a su mujer.

CAPÍTULO 9

—Esto no está pasando, no puede ser verdad, no, me niego —jadeó Emily mirándose a sí misma con incredulidad antes de levantar la cabeza y emprenderla a gritos con el vehículo que ya se alejaba a toda velocidad—. ¡Maldito cabrón hijo de puta! ¡Tengo tu matrícula! ¡Me debes la tintorería!

—Espero que sí la tengas, Emi, aunque dudo que cualquier tintorería pueda con esto.

Se giró con un resorte y contuvo el aliento al verle allí. A la luz del día y en plena calle parecía incluso más alto, más grande, más sensual, mucho más... y el estremecimiento que la recorrió al ser consciente de ello poco tenía que ver con la humedad que se filtraba a través de la ropa.

—Estás hecha una sopa.

Apretó los dientes, dio un paso atrás y giró sobre sí misma sin decir una sola palabra. Para su mortificación incluso los malditos zapatos empezaron a emitir un sonido ahogado a medida que caminaba; estaba calada hasta los huesos

—Iba a llevarte a cenar, pero dadas las circunstancias, creo que lo mejor será llevarte a casa.

—Márchate —murmuró sin molestarse en levantar la voz o echar la vista atrás. No quería verle, no quería estar cerca de él y menos después de lo que acababa de pasar.

—¿Siempre eres tan tozuda?

Ignoró su pregunta y siguió avanzando, para su desgraciada suerte, él continuó tras ella.

—Nena, vamos a casa.

Se detuvo en seco y dio media vuelta.

—¡Déjame en paz! ¡Márchate! —Extendió la mano, sin importarle que alguien los mirase más allá de su desastroso aspecto—. No te quiero, no te necesito... solo... vete, Mat, vete.

Su respuesta fue ignorarla por completo, coger el bolso de su hombro y revolver en su interior como si tuviese todo el derecho de hacerlo.

—¿Dónde tienes las llaves? ¿Has venido en coche? —preguntó rebuscando hasta escuchar un tintineo cuando encontró lo que necesitaba—. Aquí están. ¿Y bien? ¿Has venido en tu coche?

Se lo quedó mirando, alternó su atención entre el bolso y las llaves, entonces, en un arranque de rabia se lo arrebató y lo apretó contra su pecho.

—Te odio.

—Aquí vamos otra vez —resopló poniendo los ojos en blanco—. El coche, Emi, ¿dónde lo has aparcado?

—No te lo diré —escupió—. No voy a decirte ni una palabra.

—Ya lo estás haciendo.

—¡Por el amor de dios, Mat, lárgate y deja de volverme loca! —estalló—. No puedes aparecer así sin más y esperar... esperar...

—Esperar, ¿qué, Emily? —preguntó a su vez—. ¿Esperar poder hablar con mi esposa? ¿Esperar que ambos podamos empezar de nuevo y tener por fin lo que se nos arrebató? No soy un hombre paciente, no espero nada, no necesito hacerlo cuando sé que siempre lo he tenido, que siempre ha sido mío, aún si no he podido alcanzarlo.

—No te pertenezco, no quiero esto. —Se frotó la muñeca tatuada—. No puedes aparecerte ahora y esperar... esperar que yo... que yo todavía te quiera.

—Pero me quieres, ¿no es así? —Insistió con una tranquilidad que la volvía loca—. Y eso es lo más difícil de todo, seguir amando a alguien a quién pensabas que habías perdido.

—Sí —admitió con un agónico gemido—. Sí, maldito seas, sí.

Se quedaron allí, mirándose el uno al otro, entonces él sacudió el llavero, haciendo tintinear las llaves.

—¿Tu casa o la mía?

Le quitó las llaves y lo miró a través de las pestañas.

—Eso es un maldito cliché.

—Reformularé la pregunta, ¿nuestra casa o la tuya?

—No hay un «nuestra» unido a la palabra casa.

Sonrió de soslayo.

—Ahora sí, esposa, ahora sí.

Se estremeció.

—Deja de llamarme así —protestó—. No tenías derecho a hacer esto, él no tenía derecho a darte algo que no es suyo y menos aún como pago a una deuda de juego. ¿En qué mierda estabais pensando? ¿Qué os creéis que soy? ¿Un objeto que vender al mejor postor?

—Don se limitó a corregir la equivocación que cometió hace tantos años.

—No soy un objeto, Matthew.

—No, eres mi preciada esposa, la bruja destinada a mí desde el principio de los tiempos, la mujer a la que he amado durante estos últimos quince años —replicó con intensidad—. Sé que no hemos llegado a esto por medios ortodoxos, Emily, pero dados los resultados, no voy a decir que me arrepienta porque gracias a ello he podido volver a verte.

Le tendió la mano en un simbólico alto el fuego, en una petición silenciosa.

—Quédate conmigo, aunque solo sea por esta noche —pidió—. Hablemos, intentemos encontrar un término medio.

Dejó que la palma de su mano se encontrase con la de él, su contacto era cálido, anhelado y le recorrió un escalofrío por la espalda que terminó con un estornudo. Los dedos masculinos se cerraron sobre los suyos y tiró de ella hacia él.—. empecemos con una ducha caliente o terminarás resfriada.

No le dio tiempo a replicar, en un momento le estaba advirtiéndole que le mojaría la ropa y al siguiente su magia los había rodeado, trasladándolos a la casa de Matthew.

CAPÍTULO 10

—¿Mejor?

Matthew se quedó mirando a la mujer que atravesaba el umbral del baño de su dormitorio. Se la había imaginado tantas veces haciendo algo tan cotidiano como verla entrar envuelta en el albornoz y secándose el pelo con una toalla, que estuvo a punto de suspirar.

—Sí, una ducha siempre ayuda a despejarse la cabeza y a quitarse la mugre que te cae encima cuando un coche pasa por tu lado a toda velocidad sin importarle que haya una maldita tubería rota —resumió con gesto irritado—. Tengo su matrícula, te lo juro, se le va a caer el pelo.

Sonrió y le indicó uno de los sillones que formaban aquella pequeña área de estar en el dormitorio principal. Sobre la mesa de cristal la esperaba una humeante taza de té.

—¿Sigue gustándote el té con miel?

Vio ese pequeño destello de asombro y nostalgia en sus ojos un segundo antes de que los bajase y asintiese ligeramente.

—Tienes buena memoria.

—Hay pocas cosas que me haya permitido olvidar sobre ti, aunque lo he intentado, créeme —admitió en voz alta—, intenté con todas mis fuerzas hacerte a un lado en mi mente y seguir adelante con mi vida.

—¿Y lo conseguiste?

—Durante algún tiempo, sí, necesitaba tener la cabeza despejada, centrada en el trabajo y en la gente que estaba a mi cargo —confesó, se encogió de hombros y añadió—. No está muy bien visto para un militar ir a una misión, con seis personas a cargo y la cabeza llena de pájaros.

—¿Militar? ¿Te hiciste militar? —Su sorpresa fue genuina.

—Necesitaba contención, disciplina, una manera de aprender a contenerme a mí mismo y mi magia —levantó la mano e hizo un par de figuras con los dedos, al momento un par de conejitos de luz empezaron a saltar por el aire, para desaparecer sobre ella—. Me habían dicho que era peligroso para ti, que no tenía el dominio absoluto que requería mi condición de alto hechicero, creo que eso último fue una de las pocas cosas que me tomé a pecho. Tú ya no estabas a mi alcance, te había perdido y sabía que no podía hacer nada para recuperarte...

—¿Y qué lleva a un militar de carrera a comprar una empresa tecnológica?

Deslizó la mano sobre su rodilla en un gesto automático.

—El que dicha carrera se haya visto truncada repentinamente —aceptó al tiempo que levantaba la cabeza y se encontraba con su mirada allí dónde había estado antes su mano—. Supongo que el destino sabía lo que hacía al ponerme en la reserva, pues me llevó a entablar otro tipo de amistades, a emprender otro tipo de negocios y al final me ha permitido llegar a ti.

—¿Qué te ocurrió?

—Dejémoslo en que estaba en el lugar equivocado en el momento más inoportuno y, por querer hacerme el héroe, comprobé en carne propia el alcance de una bomba casera —resumió frotándose la nuca—. De no ser por el dominio que ya poseía entonces sobre la hechicería, no estaría ahora aquí sentado, hablándote de ello.

La vio temblar, fue un gesto involuntario y muy breve, pero sus palabras la habían afectado.

—Yo... lo siento.

Negó con la cabeza, se echó hacia delante en el asiento y cruzó las manos sobre las rodillas.

—No fue culpa tuya, Emily, ni siquiera estabas allí —aseguró sin dejar de mirarla—, pero agradezco tus palabras.

Ella bajó la mirada a la taza que sostenía entre las manos, envuelta en el grueso albornoz, con las piernas asomando bajo el faldón de la suave tela, el pelo cayéndole húmedo sobre los hombros, parecía de nuevo la niña que recordaba.

—¿Nunca pensaste en casarte? ¿En buscar alguien que encajase contigo?

—Tú eras la única que encajaba conmigo, la única a quién quería a mi lado, no sentí la necesidad de darle esto a nadie más que a ti —replicó acariciando la banda de su propia muñeca—. He mantenido relaciones con alguna que otra mujer, pero es difícil permanecer junto a alguien que no sabe realmente quién y qué eres y, las que lo sabían, digamos que no funcionó.

—¿Por qué has vuelto a por mí?

—¿Por qué no debería de hacerlo?

—¿Y si no fuese libre?

—No estaría ahora aquí, ninguno de los dos estaríamos así, lo sabes —admitió con total sencillez. Era un código no verbal entre su gente, uno de honor que les era inculcado desde la cuna. Nadie rompía un vínculo

establecido, sencillamente, no se hacía, nadie quería causar tal daño a una pareja que se necesitaba mutuamente para sobrevivir—. ¿Lo amabas? ¿Todavía lo amas?

No era una pregunta que quisiera hacer, no era una respuesta que quisiera escuchar, pero necesitaba preguntar, si iba a tener un futuro junto a esa mujer, necesitaba conocerla, saber quién era en realidad.

—Ethan fue un buen marido.

—Eso no fue lo que te pregunté.

—Cuando vives quince años con una persona, es imposible no... enamorarte de alguna forma de ella —admitió, pero había algo en su voz, algo que le llamó la atención—. Al principio lo odié casi tanto como te amaba a ti, entonces empecé a odiarte a ti y él se convirtió en algo parecido a un pilar de apoyo. Me ayudó a encontrarme a mí misma, a lidiar con quién y qué soy. No fue fácil, su poder no era... tan intenso como tu magia y, sé que le hice daño, aún si él me lo negaba. Eso hizo que me esforzase al máximo para dominar esta especie de... sifón que hay en mi interior...

—Pero terminaste teniéndole miedo al solo hecho de acercarte a cualquier fuente de magia que pudiese nutrirte —terminó por ella, comprendiendo lo que no decía en voz alta y sin embargo estaba allí—. Temías hacerme el mismo daño que le habías hecho a él.

Asintió, no se molestó en negarlo.

—Llegué a odiar la magia, a odiarla de verdad, no podía soportar que me acariciase siquiera, que estuviese a mi alrededor —pronunció entre dientes—, entonces él se fue y ese sifón pareció apagarse por completo.

—El vínculo se rompió, pero tú seguías necesitando ese nutriente, es inherente a tu raza y en vez de buscar un sustituto, te dejaste morir de hambre.

—¿Te parece que estas curvas son de alguien que se ha pasado el último año pasando hambre?

—Sabes muy bien que no estoy hablando de comida —la reprendió, entonces suspiró, se levantó y fue hacia ella—. Somos quienes somos, Emily, no es algo de lo que podamos huir.

Levantó la cabeza y se encontró con sus ojos.

—Si hubiese podido huir de quién soy, del mundo en el que hemos nacido, no me habría vinculado a él, nadie habría podido elegir por mí —confesó con los ojos brillantes—. Luché, Matthew, luché con todas mis fuerzas hasta que ya no pude retrasarlo más. Si acepté a Ethan, fue porque tú

no apareciste, porque no me detuviste, sabía que algo no iba bien cuando te presentaste esa noche en mi casa...

—No era yo.

—Ahora lo sé, cómo sé que si hubieses podido, habrías estado a mi lado, pero eso ya forma parte del pasado —admitió—, yo ya no soy aquella niña y la mujer que soy ahora, esta mujer no quiere ser la propiedad de un hechicero, yo...

La aferró por los brazos y la levantó casi sin darse cuenta, martirizado por esas palabras que sonaban a rechazo.

—No voy a renunciar a ti.

—Debes hacerlo.

—No, amor mío, no lo haré —negó con atronadora firmeza—. Mientras me mires con esos ojos, mientras llores mi ausencia, no habrá poder humano o sobrenatural que me aparte de tu lado. ¿No lo ves, Emily? Tú no eres la poseída, lo soy yo. Me tienes en tus manos, en tu corazón, en tu alma, siempre he sido tuyo y siempre lo seré, incluso cuando la muerte nos lleve a ambos, te seguiré perteneciendo.

Ladeó la cabeza, sus ojos se empañaron con las lágrimas que se resistían a caer.

—No me hagas esto.

—¿Hacerte el qué? —se desesperó—. ¿Amarte? Pues lo siento, brujita, porque es algo sobre lo que no tengo ni voz ni voto. Mi corazón es el que manda y él te quiere por encima de todo, te ha estado esperando durante quince años y si es necesario, seguirá haciéndolo hasta que decidas tomarlo en tus manos. Así que, ya sabes lo que hay.

—¿Por qué me pones las cosas tan difíciles para darte la patada?

No pudo evitarlo, se echó a reír al escuchar la indignación en la voz femenina.

—¿Y tú porqué te obcecas tanto en negar que me quieres?

—¡Porque no quiero volver a perderte! —replicó mirándole a los ojos—. Pero tampoco quiero que me mangonees, que te apropiés de mí como si no fuese nada más que algo que te pertenece. Joder, Mat, me has conseguido como pago de una deuda, decidiste que te vincularías conmigo para no perderme de nuevo... ¡Nunca me pediste que me casara contigo! ¡Nunca preguntaste qué era lo que yo quería!

Aflojó el agarre sobre sus brazos y deslizó las manos arriba y abajo sobre las mangas del albornoz.

—Siempre se te ha dado bien darme un tirón de orejas —aseguró con una mueca, pero reconociendo la verdad impresa en sus palabras—. Tienes razón, lo sé, lo he sabido incluso cuando nos vinculé, solo puedo decir en mi defensa que fue lo único que se me ocurrió en ese momento para asegurarme el poder verte y tener una oportunidad de hablar contigo.

Ella dejó escapar un largo suspiro, se lamió los labios y se cruzó de brazos.

—Como disculpa deja bastante que desear, pero me conformaré con que reconozcas que te merecías el tirón de orejas.

Asintió, no iba a discutir con ella.

—Si te digo que siento mucho todo lo que he hecho para llegar a ti, estaría mintiéndote, brujita, no lamento el haber vuelto a encontrarme contigo.

Ella replicó su asentimiento y añadió.

—Al menos nadie puede acusarte de falta de sinceridad —chasqueó, sacudió la cabeza y levantó su mano—. Sé que esto no puede deshacerse, por ello, quiero que me concedas un tiempo.

—¿Qué tiempo?

—Un año —declaró con firmeza, sus ojos clavados en los de él—. Tú en tu casa, yo en la mía, nos veremos de vez en cuando, saldremos y nos conoceremos el uno al otro. Ya no soy la niña que recuerdas, Mat y tú no eres el chico que guardo en mi memoria, eres alguien mucho más... peligroso.

—¿Peligroso? —No pudo evitar sonar irónico.

—Sí, Matthew Oliver, peligroso —extendió la mano a modo de indicación—. ¿Cómo llamarías sino al hecho de haberme arrastrado a la cama sin más y haber conseguido salirte con la tuya?

—Yo a eso le llamo atracción por ambas partes, amor mío.—. dejarás de llamarme así —lo acusó con el dedo—. Emi, Emily o incluso nena, me valen, pero borra de tu boca eso de “amor mío”.

—No te rindes, ¿eh?

Su respuesta fue añadir una petición más a la lista. —Nada de sexo en la oficina, en esas cuatro paredes somos jefe y secretaria —sentenció con una firmeza que le provocó un escalofrío de placer. Dios, le gustaba esa mujer en todas y cada una de sus facetas—. No sé si eso funcionará, pero, me gusta mi trabajo y espero conservarlo.

—Prometo no despedirte —replicó sin poder evitar una sonrisa—. ¿Algo más?

Bajó la mirada sobre su muñeca y la acarició con las puntas de los dedos.

—Si después de ese año sigues queriendo que sea tu esposa, tendrás que pedírmelo —murmuró, levantó la cabeza lo justo para mirarle a través de las pestañas y se lamió los labios—. ¿Trato hecho?

Le sostuvo la mirada durante unos segundos, entonces asintió y le tendió la mano.

—Trato hecho.

Ella correspondió a su oferta estrechándose.

—¿Puedo ahora pedirte yo algo?

Su inesperado comentario la llevó a parpadear, pero asintió.

—Quítate ese maldito albornoz y déjame disfrutar de ti esta noche —le dijo sin apartar la mirada ni soltar su mano—. Mañana prometo comportarme como todo un caballero, haré lo que tenga que hacer para conquistarte de nuevo, pero hoy, Emily Olivier, quiero a mi esposa completamente desnuda y entregada a nuestro mutuo placer.

La vio tragar, sus ojos oscurecerse ligeramente antes de que sus labios se movieran y surgiese una única frase.

—Solo por esta noche, hechicero, solo por esta noche.

Dio un paso atrás y dejó caer el albornoz al suelo quedando completamente desnuda ante su mirada.

—Me rindo ante ti, brujita, me rindo completamente.

EPÍLOGO

Cuando una bruja hacía un trato, lo llevaba hasta el final. Matthew se había dado perfecta cuenta de ello durante los últimos doce meses, si había alguien capaz de mantener su palabra, esa era Emily Burton y no había fuerza humana o sobrehumana que la hiciese cambiar de opinión.

Tenía que admitir que al principio se había tomado su trato como un desafío, una manera de demostrarle a esa hermosa y voluptuosa mujer que su destino era estar juntos, pero después del primer mes entendió que lo que había dicho era verdad; no se conocían, ninguno de los dos eran las personas que habían sido quince años atrás.

Emi le había enseñado quién era y lo había hecho de forma paulatina, si no supiese que ya la amaba más que a su vida, diría que en ese último año había vuelto a enamorarse de ella, de la mujer inteligente, ocurrente, fiera y pasional que lo volvía loco dentro y fuera de la empresa.

Su más que eficiente secretaria convirtió en arte el hecho de dejarlo duro e hinchado con tan solo menear el culo cada vez que salía de la oficina, era una trabajadora incansable y no tenía pelos en la lengua. Sus sugerencias nunca caían en saco roto, si bien a veces tenían opiniones completamente diferentes, al final acaban encontrando un camino común.

Pero no todo habían sido buenos momentos durante ese último año, habían tenido peleas, se habían desafiado mutuamente y habían visto aquellas partes del otro que no deseaban mostrar. Recordaba una pelea en especial que los llevó a no dirigirse la palabra nada más que lo estrictamente necesario durante toda una semana, había estado tan jodido en esos días que tanto Elijah como Leo lo habían mandado a paseo.

Ambos poseían un carácter fuerte, que los llevaba a chocar como dos trenes de mercancía a toda velocidad, pero incluso en esos momentos existía una conexión que los llevaba a recular, a cambiar de estrategia o doblegarse y pedir perdón.

Emily era también una buena oyente, había empezado a familiarizarse con él y sabía cuándo sus silencios eran sinónimo de algún problema, cuando estaba inmerso en amargos recuerdos y conseguía hacerlo hablar del pasado sin que fuese consciente de ello hasta que ya le había contado gran parte del problema. Por su parte, había aprendido a leer también los silencios

femeninos, las expresiones que con tanto cuidado ponía sobre su rostro para ocultar sus preocupaciones, su lenguaje corporal era a menudo un indicativo infalible de que algo iba mal. Mat había aprendido sobre su pasado, sobre la vida que había llevado esos últimos quince años y no podía sino agradecer a Ethan Burton el que hubiese cuidado y amado a esa dulce mujer. Era extraño sentirse agradecido con el hombre que lo había mantenido alejado de la bruja a la que amaba, a la que había tenido que renunciar, pero no podía negar que gran parte de lo que ella era hoy, se lo debía a su anterior marido.

La niña que había sido entonces se había encerrado en sí misma al punto de dejar fuera cualquier cosa que tuviese que ver con la vida, durante más de un año se había estado consumiendo lentamente, muriéndose por dentro y por fuera, si hoy estaba allí con él era gracias a la perseverancia de un hechicero que había conseguido arrancarla de aquel hoyo oscuro y devolverla a la vida.

De una forma u otra, ambos habían tenido sus claros y oscuros, habían conseguido superar los baches y habían seguido adelante hasta encontrarse de nuevo.

Echó un vistazo al reloj y asintió satisfecho, ya podía dar por terminada la jornada del día, ese viernes tenía planes especiales para su amante, unos que incluían pasar todo el fin de semana entre las sábanas en una coqueta cabaña que había pedido prestada para la ocasión.

Cogió la chaqueta del respaldo de la silla, comprobó que dejaba todo apagado y salió por la puerta. No tuvo que ir muy lejos para encontrarla tras su escritorio, ultimando los últimos correos.

—Buenas tardes, señora Burton —La saludó con la misma distante profesionalidad de siempre, se había convertido en todo un maestro de la ilusión para mantener esa ficción de jefe y secretaria en la oficina—. ¿Lista para irse a casa?

Levantó la cabeza y lo miró con ese peculiar brillo en los ojos.

—Buenas tardes, señor Oliver —correspondió y señaló un par de carpetas sobre la mesa—. En cuanto termine de redactar un par de correos y guarde estos archivos, dejaré la oficina.

Enarcó una ceja ante la respuesta, esa misma mañana le había pedido que por favor volviese a casa antes de las ocho y, al parecer, su secretaria iba a tardar un poco más de la cuenta. Solían pasar la noche juntos o bien en su casa o en la de ella, había dejado de insistir en que se mudase con él después de varios intentos frustrados, así que habían llegado a ese peculiar acuerdo de pasar de vez en cuando tiempo en el hogar del uno o del otro. No era el

arreglo ideal, pero él podía ser paciente y después de esa noche, las cosas cambiarían.

—No se quede hasta muy tarde —le recordó en su habitual clave de empresa—. Que pase un buen fin de semana, Emily.

—Usted también, señor Oliver.

Le dedicó un último vistazo y se despidió como si no fuese a verla media hora después, sacudió la cabeza mientras se dirigía hacia el ascensor y sonrió para sí.

Sí, aquel extraño juego de rol que se traían entre manos resultaba divertido a la par que frustrante, la culpa era toda suya, lo sabía, pero el fantasear con su secretaria y cómo se la follaría sobre la mesa o contra la ventana cuando estaba solo en la oficina, se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. Sobre todo porque el contárselo con pelos y señales a la culpable de sus elucubraciones y ver cómo se sonrojaba era un plus añadido. Esperaba que sus fantasías llegasen a hacerse realidad en algún momento, sin duda sería un gran aliciente para pasar todas sus horas muertas en aquellas cuatro paredes.

Recogió su coche en el aparcamiento y condujo con la mente puesta ya en lo que tenía preparado para esa noche y para la mujer que lo había puesto de rodillas. El lunes se cumpliría un año desde que accedió a ese trato y ya era hora de cumplirse con el último de los requisitos.

El timbre sonó una hora después, dejó la botella de vino en la hielera que tenía sobre la mesa y abrió la puerta con un solo pensamiento.

—Siento llegar tarde, sé que me dijiste que...

Emily se quedó sin palabras cuando, tras cerrar la puerta y atravesar el pasillo, se encontró con aquella mesa para dos en el salón de su hogar. Sin duda lo que más le sorprendía a la chica era su indumentaria, pues llevaba puesto el atuendo de su gremio.

—¿Um... qué me he perdido?

Levantó la mano e hizo un par de símbolos en el aire, un momento después el salón de su casa había cambiado y se encontraron en el centro de una plataforma de mármol rodeada de columnas; la sede de su gremio.

—¿Matthew, esto es...?

—El lugar en el que se me ordenó alejarme de ti, en que se me recordó que era peligroso para una joven bruja y que tú no podías ser para mí —declaró caminando hacia ella—. En aquel momento no tenía realmente poder, porque apenas podía controlarlo, hoy soy ya un maestro dentro de mi orden,

nadie puede desafiar mi autoridad o mis deseos.

Se apartó un lado de la capa sobre el hombro, sacó del bolsillo del pantalón negro una alianza de oro blanco con pequeñas estrellas y, arrodillándose ante ella pidió su mano.

—Emily Alana Chase Burton, hoy vengo a ti sin nada más que lo puesto, con mi magia bajo llave y el corazón henchido del amor que te tengo —le dijo cogiendo su mano—. Aquí, dónde una vez me despojaron de cualquier esperanza, me presento ante ti y me entrego con todo lo que soy. ¿Me aceptarás? ¿Aceptas ser mi bruja, caminar a mi lado durante el resto de nuestras vidas y beber de mi magia hasta que la fuente se agote?

El silencio que siguió a su declaración cayó sobre él como una pesada losa, pero no cedió, no perdió la esperanza, no se rendiría mientras esa mujer estuviese viviese.

—Emi, ¿quieres casarte conmigo?

Un suspiro, seguido de una tierna y vibrante sonrisa iluminando el rostro femenino fue todo lo que necesitó para volver a respirar.

—Sí, Mat, me casaré contigo, te acepto como hechicero, soy tu bruja y caminaré el resto de mi vida a tu lado —le acunó las mejillas entre sus suaves manos—. Y beberé de tu magia hasta que la fuente se agote.

—Al fin, amor mío, ha estado a punto de darme un ataque al corazón —bromeó él, cogiendo su mano, besándola y deslizando el aro de oro blanco en su dedo anular.

Ella se rió y le echó los brazos al cuello.

—Gracias, Matthew, gracias por esperar por mí.

Sí, había esperado por ella y volvería a hacerlo durante el resto de su eternidad si eso significaba poder tenerla siempre junto a él.

—Siempre, Emi, siempre esperaré por ti.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)
[DEDICATORIA](#)
[ARGUMENTO](#)
[ÍNDICE](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[EPÍLOGO](#)